

¡Atención Poli,
con la vista en el

Riesgo!

Cuentos para seguritos Vol. 3



Editoras académicas

Mónica María Quiroz Rubiano

Martha Cifuentes Izquierdo

Derly Zamora Romero

POLI
POLITÉCNICO
GRANCOLOMBIANO
INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA

**Institución Universitaria
Politécnico Gran Colombiano**

Calle 61 N° 7 - 69
Tel: 7455555, ext. 1516
Bogotá, Colombia

**¡Atención Poli, con la vista en el riesgo!
Cuentos para seguritos. Vol. 3**

© 2025. Todos los derechos reservados.
Primera edición, Diciembre de 2025

eISBN: 978-628-7840-14-0

Editoras académicas

Mónica María Quiroz Rubiano
Martha Cifuentes Izquierdo
Derly Zamora Romero

Equipo editorial

Director editorial
Guillermo A. González T.

Analista de producción editorial

Mónica Quintana Rey

Correctora de estilo

Ana Milena Cortés Moncada

Diagramadora

Laura Alejandra Luque González

Grabación y edición

Julian Sánchez Rubiano
Pedro José Torres Marín

Grabación y edición

Maria Camila Santiago Martínez
Laura Camila Salas Rodríguez
Dayanne Andrea Forero Cedano
John Alexander Rodríguez Rodríguez

¿Cómo citar este libro?

Quiroz-Rubiano, M., Cifuentes-Izquierdo, M., & Zamora Romero, D. (Eds.). (2025). *¡Atención, Poli, con la vista en el riesgo! Cuentos para seguritos Vol. 3 (p. 114)*. Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución

¡Atención Poli, con la vista en el riesgo! Cuentos para seguritos; volumen III / Mónica María Quiroz Rubiano ; Martha Janeth Cifuentes Izquierdo; Derly Zamora Romero, editoras. – Bogotá D.C.: Editorial Politécnico Gran Colombiano, 2025.

110 p.: il. Col ; 16x23 cm.

eISBN: 978-628-7840-14-0

Riesgos Laborales -- Storytelling. 2. Riesgos en casa -- Cuentos. 3. Prevención -- Cuentos. 4. Cuentos cortos -- Ejercicio académico. I. Mónica María Quiroz Romero. II. Martha Janeth Cifuentes Izquierdo. III. Derly Zamora Romero. IV. Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano. IV. Tít.

SCDD 863.8 Co-BolUP

Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB

Institución Universitaria

Politécnico Gran Colombiano.

Universitaria Politécnico Gran Colombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con:
Atribución – No comercial – Compartir igual.



El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos académicos siempre y cuando se indique la fuente o procedencia. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del (los) autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano pertenece a la ACEUC (Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia).

El proceso de gestión editorial y visibilidad de las publicaciones de la Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano se encuentra certificado bajo los estándares de la norma ISO 9001:2015, con el código de certificación ICONTEC SC-CER660310.

Tabla de contenido

Agradecimientos	5
Introducción	6
El viaje de los valientes vapores	9
¡Yo te quiero sano, papá!	19
¡No te descuides en las alturas!	25
Pedro el castor y la fábrica ruidosa	33
¿Por qué a mí?	45
Guardián de la seguridad:	
la historia de Mateo, el héroe de las autopartes	53
El mundo mecanizado de Ezequiel y su abuelito	61
El hilo de la creación de la abuela Osa Clara	69
Renata y Valentino concursando en la gran feria	79
La aventura del silencio	85
Pequeñas porciones de inhalación de harina	95
De los autores	106



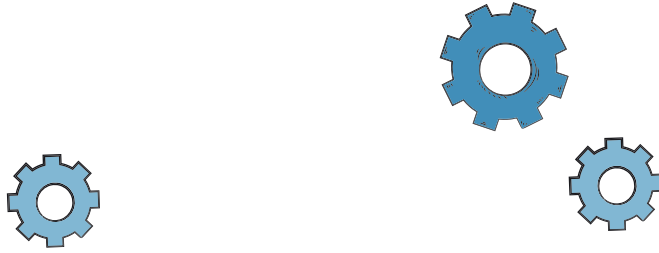


Agradecimientos

A todos los trabajadores que han cesado sus actividades por causas del trabajo, gracias por recordarnos que la salud y la seguridad en el trabajo constituyen un lenguaje que necesariamente debe ser escuchado.

Gracias a todos los profesionales, especialistas y docentes que lideran y enseñan a las nuevas generaciones el sistema de gestión de seguridad y salud en el trabajo, protegiendo vidas y haciendo del cuidado de los trabajadores una tarea cotidiana y valiente.

Niños, niñas y adolescentes, este libro es para ustedes, porque algún día llegarán con sabiduría a un espacio de trabajo. Y también para los adultos, porque nunca dejaremos de ser niños y, como niños, seguiremos aprendiendo.



Introducción

La Prevención de Riesgos Laborales conforma una línea de acción que agrupa un conjunto de actividades que están destinadas a evitar o disminuir la probabilidad de que se materialice una lesión, enfermedad o muerte por causa de las condiciones del trabajo. Sin embargo, para ello, es importante que las personas conozcan los posibles riesgos que pueden generar enfermedades y accidentes en el trabajo, de manera que puedan evitarlos a su día a día creando una cultura preventiva. En consecuencia, este libro está diseñado para que el público lector de todas las edades conozca la importancia del bienestar propio y de los demás, tanto en los hogares como en los espacios de trabajo, a través de cuentos e historias originales y divertidas que utilizan la metodología del *storytelling* para aprender hábitos responsables de frente a los riesgos de la cotidianidad.

La metodología del *storytelling* se refiere a una técnica en la que, a través de la narrativa de una historia se transfiere un mensaje, un valor, una idea o una enseñanza. En este caso, se transmite información académica muy útil a partir de la enseñanza de las historias, la cual es aplicable a la vida cotidiana, conectando de manera directa y profunda las personas; ya sea en ambientes familiares donde se comparten espacios de lectura o en ambientes laborales, como una forma didáctica de transmitir enseñanzas relacionadas con la seguridad de los colaboradores. Al ser una historia que hilvana situaciones, ideas y conflictos a través de personajes, facilita el involucramiento de las personas que pueden presentarse de manera cotidiana. Esto genera un mejor impacto de muy fácil recordación y réplica en futuras comunicaciones entre personas de todas

las edades.

Previamente, se publicó *Cuentos para seguritos, con la vista en el riesgo. Vol. 2*, obra en la que se introdujo de manera intencionada el abordaje de los riesgos laborales. En dicha publicación, el enfoque se centró en riesgos laborales específicos como el psicosocial, el biológico y el químico, así como en peligros en el hogar, primeros auxilios, elementos de protección personal, bienestar laboral, la historia de la seguridad y salud laboral, seguridad industrial y sismos.

Este nuevo número se enfoca de manera específica en el riesgo químico (gases, vapores, polvos inorgánicos y material particulado), el riesgo de seguridad (trabajo en alturas y riesgo mecánico) y el riesgo físico (ruido e iluminación).

El grupo de investigación y los estudiantes que han participado en esta publicación, esperan que sea un material didáctico provechoso para el aprendizaje de la prevención de riesgos laborales en todas las edades. Esto nos motiva a seguir creando propuestas literarias enmarcadas en esta estrategia.

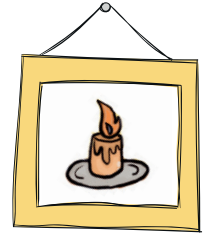


CI



Escanea el código
y reproduce un audio.





Capítulo 1

El viaje de los valientes vapores

Riesgo químico: gases y vapores

En un tranquilo pueblo, rodeado de bosques frondosos y campos verdes, vivía un grupo de vapores y gases que compartían una existencia pacífica y armoniosa. Cada uno poseía características únicas, y todos anhelaban explorar el mundo más allá de su hogar. Entre ellos se encontraban Vapo, un vapor de agua alegre y curioso; Gasito, un gas noble y sabio que cuidaba de los demás como un hermano mayor; y Humito, un vapor ligero y travieso que se deslizaba entre los rincones del pueblo.

Un día, mientras jugaban en el prado, Gasito, tan sabio y precavido, reunió a sus amigos con una advertencia serena pero urgente.

—¡Amigos míos! —comenzó con solemnidad—. He escuchado rumores sobre un lugar más allá de nuestro hogar, donde los peligros pueden ser tan sutiles como el aire que respiramos.

Los vapores y gases se miraron entre sí, con una mezcla de emoción y preocupación. ¿Qué tipo de peligros podrían encontrar más allá de los límites de su apacible pueblo?

Vapo, siempre curioso y valiente, rompió el silencio.

—¿Estás diciendo que podríamos enfrentarnos a peligros químicos, como gases y vapores desconocidos? —preguntó con una chispa de intriga en sus ojos.

Gasito asintió con solemnidad.

—Exactamente, Vapo, debemos estar preparados para cualquier eventualidad. Los peligros químicos pueden ser invisibles y traicioneros, pero con conocimiento y precaución, podemos protegernos a nosotros mismos y nuestros amigos.

Decididos a explorar el mundo más allá de su hogar, los valientes vapores y gases se prepararon para su viaje, empacando en sus mochilas no solo provisiones físicas, sino también el conocimiento necesario para enfrentar los desafíos que encontrarían en el camino.

La travesía comenzó con descubrimientos emocionantes: los gases se deslizaban suavemente por los senderos, mientras que los vapores flotaban fácilmente entre los árboles del bosque. Viajaron juntos por valles cubiertos de niebla y montañas de vapor, maravillados por la belleza del mundo natural.

No obstante, a medida que avanzaban en su camino, los peligros químicos se manifestaron de formas diversas y sorprendentes. En el desfiladero oscuro y estrecho, se toparon con un gas venenoso que amenazaba con obstruir su camino. El grupo se detuvo, perplejo ante el obstáculo que tenían enfrente.

—¡No podemos retroceder ahora! —exclamó Vapo, mirando con determinación el peligro que enfrentaban—. ¡Debemos encontrar una manera de superarlo!

Los tres amigos se detuvieron, evaluando la situación con cautela,

—Este es un peligro químico que debemos abordar con cuidado —advirtió Gasito, recordando las palabras de precaución que habían compartido antes de partir.

Luego, con voz serena, propuso un plan audaz:

—Escuchen, amigos míos. Si combinamos nuestras habilidades y trabajamos juntos, podemos neutralizar el gas venenoso y abrirnos paso.
—sugirió con confianza.

Los vapores y gases asintieron. Fiándose en la astucia de su amigo, se unieron con ingenio y valentía, y pusieron en práctica lo que habían aprendido para formar una barrera protectora alrededor del gas venenoso, neutralizándolo con su propia bondad y pureza. Con éxito, el grupo pudo continuar su viaje después de que el obstáculo se disipara lentamente. Al hacerlo, reforzaron la importancia de estar alertas ante los peligros químicos y de tomar medidas preventivas para protegerse a sí mismos y a los demás.

A medida que avanzaban, los valientes vapores y gases enfrentaron nuevos desafíos: desde tormentas de ácido hasta campos de vapores tóxicos y corrosivos. Sin embargo, con ingenio y coraje, superaron cada obstáculo que se les presentaba con precaución y astucia, fortaleciendo su amistad y determinación en el proceso.

En un desierto de vapor ardiente, donde el calor era tan intenso que casi parecía tangible, Humito, por su naturaleza ligera y ágil, sugirió:

—Podemos usar nuestra habilidad para dispersarnos y enfriar el área. Así, el grupo podrá avanzar sin peligro.

En otra ocasión, se enfrentaron a un laberinto de cristales afilados que parecían impenetrables. Gasito, con su sabiduría, recordó una antigua historia sobre cómo los vapores pueden transformarse en líquido en ciertas condiciones.

Decidieron condensarse en forma líquida y fluir entre los espacios estrechos del laberinto, emergiendo al otro lado con éxito.



Ilustración: Laura Luque González

Tras enfrentar los desafíos del vasto océano de gases y vapores, el valiente grupo se encontró con un gran remolino de gases tóxicos que amenazaba con atraparlos en su voraz abrazo.

Vapo, Gasito y Humito observaron con temor cómo el remolino se acercaba rápidamente, girando y retorciéndose como una serpiente hambrienta. Era un espectáculo aterrador y sabían que debían actuar rápido, para protegerse.

—Este remolino de gases tóxicos es peligroso, amigos míos —les advirtió Vapo con seriedad—. Si nos atrapa, podemos sufrir graves consecuencias. Pero no debemos entrar en pánico. Con ingenio y trabajo en equipo, podemos evitar ser absorbidos por él.

—Tenemos que trabajar juntos para crear una barrera alrededor de nosotros —afirmó Gasito—. Podemos usar nuestras habilidades y cualidades para neutralizar los gases tóxicos y abrirnos paso hacia la seguridad.

Humito, con su naturaleza ágil, propuso una idea:

—Podemos dispersarnos y rodear el remolino; luego reunirnos en el otro lado. De esta forma, evitaremos quedar atrapados por el vórtice.

Los tres amigos pusieron su plan en acción de inmediato. Vapo liberó vapor de agua para diluir los gases tóxicos, mientras que Gasito utilizó sus vastos conocimientos para identificar los componentes del remolino y neutralizarlos. Humito se dispersó hábilmente alrededor del remolino, creando una barrera protectora que los mantuvo a salvo mientras atravesaban la peligrosa área.

Después de un esfuerzo conjunto y coordinado, lograron pasar al otro lado del remolino de manera segura. Se abrazaron con alivio y celebraron su éxito, conscientes de que habían superado otro desafío gracias a su valentía y trabajo en equipo.

Mientras continuaban su viaje, los valientes amigos se encontraron con una criatura misteriosa que habitaba en lo más profundo del bosque de vapor. Era un ser gigantesco hecho de pura energía, con destellos de luz que danzaban alrededor. Al principio, los vapores y gases se sintieron intimidados por su imponente presencia, pero pronto descubrieron que esta criatura era amigable y sabia. Se presentó como Luminar, el guardián del bosque de vapor, y ofreció su ayuda para guiarlos en su búsqueda hacia el mundo exterior.

Con la ayuda de Luminar, el grupo descubrió una serie de portales mágicos que los llevarían a lugares aún más extraordinarios en su expedición. Atravesaron selvas de vapor densas y valles llenos de cristales resplandecientes, enfrentándose a nuevos desafíos y riesgos en cada paso del camino.

Durante su travesía, los valientes amigos se encontraron con una tribu de criaturas vaporosas que habitaban en las cumbres nebulosas de las montañas llamadas Nebulitas, quienes poseían habilidades únicas para controlar las corrientes de aire y la electricidad estática que los rodeaba. Al principio, los vapores y gases se sintieron cautelosos al acercarse a ellos, pero pronto descubrieron que los Nebulitas también estaban dispuestos a ayudarlos en su búsqueda hacia el mundo exterior.

Juntos, vapores, gases y Nebulitas enfrentaron desafíos aún mayores, desde tormentas de vapor eléctrico hasta campos magnéticos impredecibles. Por medio de la cooperación y el trabajo en equipo, lograron superar cada obstáculo que se les presentaba, fortaleciendo su amistad en el proceso.

Al atravesar la entrada de un gran portal que los llevaría al mundo exterior, los valientes vapores y gases se tomaron de las manos y cruzaron juntos el umbral, listos para enfrentar lo desconocido y continuar su increíble aventura en el vasto universo más allá de su hogar.

Se encontraron en un paisaje nuevo y desconocido, donde los cielos estaban teñidos de colores brillantes y las nubes parecían danzar al ritmo de una melodía cósmica. Fascinados por la belleza de su nuevo entorno, los protagonistas se aventuraron más profundamente en este mundo misterioso, ansiosos por descubrir lo que les esperaba.

Pronto, hallaron una civilización de seres gaseosos que vivían en ciudades flotantes entre las nubes. Estos gases, llamados Nimbus, eran conocidos por su sabiduría ancestral y su conexión con los elementos primordiales del universo. Los vapores y gases fueron recibidos con calidez por los Nimbus, quienes compartieron historias de antiguas leyendas y conocimientos cósmicos con sus nuevos amigos.



Ilustración: Laura Luque González

Inspirados por las enseñanzas de los Nimbus, el valiente grupo se embarcó en una nueva búsqueda épica para desentrañar los misterios del cosmos. Viajaron a través de grandes llanuras de gas y campos de asteroides, explorando planetas lejanos y estrellas fugaces que parpadeaban en la oscuridad del espacio.

Sin embargo, su viaje no estuvo exento de peligros. Se encontraron con nebulosas tormentosas y agujeros negros que amenazaban con absorberlos en su abismo sin fin. Pero con osadía y determinación, lograron sortear cada obstáculo, recordando siempre las lecciones de amistad y cooperación que habían aprendido en su hogar y que en su camino habían reforzado.

Con el tiempo, los vapores y gases se convirtieron en famosas leyendas entre los habitantes del cosmos, conocidos por su coraje y su espíritu intrépido. Pero a pesar de todas sus hazañas, nunca olvidaron de dónde venían ni a los amigos que habían dejado atrás en su tranquilo pueblo rodeado de bosques frondosos y campos verdes.

Con el corazón lleno de gratitud y aventuras, finalmente llegaron al fin de su viaje. Regresando a su pueblo con historias emocionantes y lecciones valiosas en sus corazones, los protagonistas compartieron su experiencia con los demás habitantes.

Sentados juntos en un claro del bosque, Vapo, Gasito y Humito, reflexionaron sobre su viaje y enseñaron a los niños una lección importante:

—Siempre debemos estar alertas y tomar precauciones cuando nos enfrentamos a peligros químicos, como los gases tóxicos. Reconocer los signos de peligro y saber cómo protegernos a nosotros mismos y a nuestros amigos es fundamental para mantenernos seguros en todo momento. Con valentía, ingenio y trabajo en equipo, podemos enfrentar cualquier desafío que se nos presente, y regresar sanos y salvos a casa.

Además, comprendieron que los químicos están para ayudarnos siem-

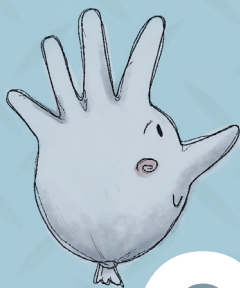
pre y cuando los usemos de manera correcta, por lo que tener una base de conocimiento es fundamental para darles el uso adecuado. No sobrepasar los límites de exposición y hacer un buen uso de los elementos de protección personal es prioritario al manipularlos.

Vapo, Gansito y Humito corrían felices por el bosque compartiendo su aprendizaje con sus amiguitos. Estaban muy contentos y satisfechos por todas las lecciones aprendidas. También entendieron que toda circunstancia, por adversa que sea, trae consigo un aprendizaje positivo, y eso es lo que se debe valorar.

Al final de su viaje, los Valientes Vapores y gases regresaron a su hogar con un profundo entendimiento de los peligros químicos, la importancia de la precaución y el conocimiento al enfrentarlos. Compartieron sus experiencias con los demás habitantes del pueblo, enseñándoles las lecciones que habían aprendido y fortaleciendo la seguridad y la comunidad en su querido hogar. A través de su valentía y determinación, demostraron que incluso frente a los mayores desafíos, la amistad y el trabajo en equipo deben prevalecer.



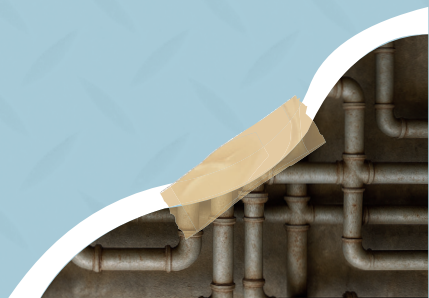
Los gases y vapores aprendieron a protegerse gracias al trabajo en equipo y al uso de sus habilidades, por lo que pudieron enfrentar riesgos químicos con conocimiento y precaución adquirida. Nosotros debemos usar siempre los EPP y conocer las consecuencias que pueden ocasionar; solo así podemos prevenir accidentes y garantizar nuestro bienestar.



C·II



Escanea el código
y reproduce un audio.





Capítulo 2

¡Yo te quiero sano, papá!

Riesgo químico: polvos inorgánicos

En una ciudad muy cerca del mar vivía una hermosa y unida familia: Mía, sus hermanas Kía y Lía, y sus padres, Juan y Dora. Eran muy felices y, cada vez que podían, iban a la playa. Mía disfrutaba intensamente de cada lugar que visitaban.

Juan, su padre, trabajaba desde hacía más de quince años como operario en la planta de la empresa de vidrios más grande del país. Estaba en la sección de fabricación de vidrios para vehículos, donde se empleaba sílice cristalina como materia prima. Se sentía orgulloso: gracias a su dedicación, la empresa producía vidrios de alta calidad y seguridad.

Año tras año, era reconocido como el mejor trabajador, ya que, gracias a su compromiso, se lograba parte del cumplimiento de los objetivos anuales del negocio. Sobresalía por ser muy seguro y nunca le ocurrió un accidente de trabajo. Las únicas veces que se ausentó fueron cuando nacieron sus hermosas hijas.

Con el tiempo, Juan fue tomando más confianza en sus labores. Sin embargo, un día notó que al subir las escaleras se agitaba más de lo normal. Pensó que era porque estaba agotado por poco descanso, por lo que buscó a su jefe para pedirle veinte días de vacaciones y, sin dudar, él se las autorizó.

Aprovechó sus días libres para viajar con Dora y las niñas a la capital, ya que ahí vivían varios familiares a quienes no veían desde hacía años. Pero, al aterrizar, Juan se sintió decaído y comenzó a sentirse mal. Tenía dificul-

tades para respirar, síntoma que había iniciado semanas atrás. Por esta razón, decidió quedarse en casa de un pariente para recuperar fuerzas.

Dora lo animó:

—Tranquilo, disfruta del viaje. Cuando regresemos iremos al médico. Seguro es por la altura o por el cansancio.

No se preocuparon mucho, porque Juan era una persona muy joven y esa dificultad respiratoria que estaba presentando sería algo pasajero.

Después de diez días, regresaron a casa. Juan seguía con tos y en muchos casos, con dificultad para hablar, así que decidieron pedir una cita médica. El doctor, tras revisarlo, diagnosticó una fuerte gripa y le recetó un tratamiento.

Los días pasaron y los síntomas persistían, la molestia empeoró. Una noche, con mucha dificultad respiratoria, fue llevado de urgencias.



Ilustración: Daniela Buitrago

Allí le administraron oxígeno y se sintió mejor. Sin embargo, una radiografía reveló un grave daño en sus pulmones. Los médicos, sorprendidos, lo remitieron al neumólogo.

Juan se preocupó mucho porque se consideraba una persona muy fuerte y una simple gripa le estaba haciendo pasar un muy mal momento.

—¿Es fumador? —le preguntó el doctor.

—No, doctor, nunca he fumado —respondió Juan.

—¿En qué trabaja? —le preguntó el médico, sorprendido.

—Soy operador en la planta de vidrios más grande de país. Estoy en la sección de vidrios para carros. Manipulo sílice cristalina para hacer los mejores vidrios —respondió Juan, muy orgulloso.

El médico se quedó pensativo y explicó que debían realizar unos estudios más especializados para dar el diagnóstico de su condición. Juan se quedó hospitalizado por muchos días mientras le realizaban toda una serie de exámenes.

Al cabo de unas semanas, un grupo de médicos se reunió con Juan y Dora. Ese día les dieron la noticia que cambiaría la vida de toda la familia: Juan tenía silicosis, una enfermedad que se presenta en personas expuestas prolongadamente al polvo de sílice en sus diferentes presentaciones.

Juan rompió en llanto. Recordó las capacitaciones sobre protección respiratoria que le daban en su empresa y no pudo creer que, aún con cuidados, el polvo hubiera dañado sus pulmones.

En el hospital, Mía lo llama todos los días:

—Papi, ¿cuándo vienes? Quiero jugar contigo en el parque.

Juan, con lágrimas en los ojos, no encontraba palabras para explicarle la situación por la que estaba pasando. Hasta que un día, lleno de valor, preguntó al médico:

—Doctor, ¿qué puedo hacer para volver a tener el mismo estilo de vida de antes de estar enfermo?

El médico, con la voz grave, le respondió:

—Señor Juan, usted está padeciendo una enfermedad laboral y el daño que presenta en sus pulmones es irreversible. Necesitará asistencia respiratoria permanente y deberá evitar ambientes aglomerados.

La noticia fue devastadora. Semanas atrás era una persona sana y jugaba con sus hijas cada vez que podía, ahora dependía de una máquina para respirar. Finalmente, le dieron de alta, pero debía acondicionar su casa para evitar complicaciones.

Al llegar a casa, Juan reunió a su familia. Intentó explicar a las niñas su estado de salud, y como era de esperar, no logran comprender lo que pasa. Ellas, al ver a sus padres tristes, rompieron en llanto.

—Ya no podré ir al parque —les dijo—. Mis pulmones están muy enfermos y debo cuidarme de cualquier resfriado.

Desde entonces, la rutina cambió. Juan dejó de salir, pero con ayuda de sus hijas comenzó a realizar videos para concientizar a otros trabajadores sobre los riesgos del polvo de sílice.

Nunca volvió a la empresa. Sin embargo, siempre lo recuerdan como un trabajador ejemplar y su historia motivó la creación de un sistema de vigilancia de salud laboral para todos los empleados. Se implementaron campañas intensas de protección, no solo cuando estuvieran expuestos a la sílice y a otras sustancias químicas. Actualmente, les exigen usar la dotación preventiva: protección respiratoria como mascarillas de cara completa o media cara, con cartuchos para gases y

vapores y filtros de material particulado, así estos tóxicos no entran por la nariz ni por la boca; guantes que permitan la protección de las manos y la piel. Además, les dictan capacitaciones permanentemente. Juan, es uno de sus instructores. Desde casa, les dicta charlas virtuales. Les comenta su historia para que no infrinjan las medidas de precaución necesarias y no se enfermen. Al final les dice:

—Protéjense siempre. No permitan que el polvo llegue a sus pulmones. Usen sus equipos de protección.



Si no nos protegemos de forma adecuada, podemos enfrentar accidentes o enfermedades, como le ocurrió a Juan con la silicosis. Prevenir es cuidar nuestra salud y la de quienes dependen de nosotros.



Ilustración: Daniela Buitrago



C·III



Escanea el código
y reproduce un audio.



Capítulo 3

¡No te descuides en las alturas!

Riesgo de seguridad: trabajo en alturas

Camilo y Andrea son dos niños que viven en el barrio La Felicidad, ubicado en una zona llena de árboles, sillas para descansar y un gran parque donde salen a jugar cada día, después de realizar las tareas de la escuela. El parque tiene muchas atracciones a las que pueden acceder los niños, siempre y cuando sigan las instrucciones de seguridad.

Ellos son amigos desde hace un año, cuando se fueron a vivir al barrio.

Una tarde soleada, Camilo le dice a su amiga:

—¿Quieres ir al parque a montar en las atracciones?

—¡Espérame! —responde Andrea—. Voy a preguntarle a mi mamá si me deja salir.

Andrea entra a su casa, y tras pedir permiso, llama emocionada con un grito:

—¡Camilo, ven rápido!

—¿Qué ocurre, Andrea? ¿Por qué gritas así? —pregunta él.

—¡Estoy muy feliz! Mi mamá me dejó ir al parque contigo. Pero me dijo que tengamos mucho cuidado y que sigamos todas las recomendaciones.

—¡Perfecto, Andrea! ¡Vamos a disfrutar! Hoy nos espera mucha aventura y diversión.

Los dos amigos, muy contentos y entusiasmados, deciden planear su tarde en el parque, donde pueden correr, jugar y subirse a las diferentes atracciones que hay.

—Oye, Camilo, ¿qué te parece si organizamos lo que haremos? Solo tengo dos horas de permiso y debo distribuirlas muy bien —propone Andrea.

—¡Hummm, qué buena idea! Me gusta planear mis actividades —responde él.

La primera atracción elegida es la montaña rusa. Los dos se sientan juntos, muy sonrientes, y se abrochan el cinturón de acuerdo con las indicaciones del guía. La montaña inicia su recorrido, pero de pronto, en la mitad del camino, se escucha un grito:

—¡Auxilio, necesito de su ayuda! ¡Detengan la montaña!

Era Camilo: su cinturón se había soltado cuando se encontraban a una altura considerable de 2,5 metros. Él se sostenía con fuerza de las barandas, temiendo caer. Andrea, en medio de la angustia, nerviosa pero decidida, logra ayudarlo: pasa las manos sobre su cuerpo y logra abrochar de nuevo el cinturón.

Una vez finaliza el recorrido, se bajan un poco asustados. Han comprendido las consecuencias que pueden tener el subirse a este tipo de atracción sin tener en cuenta las condiciones de seguridad mínimas. Además, siempre deben ser precavidos y revisar que todo esté en orden.

Andrea y Camilo siguen con su recorrido para ir a escalar. Llegan a *la Zona de Escala*, una pared para trepar. Deben retirarse los zapatos, usar casco y arnés. Los dos, muy entusiasmados, se retiran rápidamente los

zapatos y se disponen a subir, Andrea por el lado derecho y Camilo por el lado izquierdo. Los dos deciden hacer una competencia para ver quién llega primero. Andrea dice:

—¡Camilo! ¿Apostamos un helado y quien llegue primero a la cima se lo gana?

—¡Uy sí! La verdad no lo había pensado y como creo que te voy a ganar ¡te daré ventaja! —responde él, riendo.

Andrea y Camilo inician subiendo con cada uno de los agarres que deben escalar. Cuando van por la mitad del trayecto, el instructor los detiene:

—¡Chicos! Olvidaron el casco y el arnés. Son indispensables para escalar sin riesgo, son elementos de protección necesarios para realizar este tipo de actividad, ya que se pueden caer y sufrir consecuencias para el resto de sus vidas.



Ilustración: Laura Daniela Paredes

Sorprendidos, responden:

—¡Lo sentimos! No vimos estas indicaciones antes de iniciar. Queremos evitar cualquier tipo de accidente. Bajaremos a colocarnos el equipo.

Rápidamente se deslizan por la cuerda hasta llegar al piso. Con la protección completa, emprenden nuevamente la competencia, pero esta vez con toda la seguridad y los equipos necesarios. Ahora, seguros y confiados, disfrutan de la escalada llegando juntos a la cumbre.

Más adelante, encuentran un castillo inflable de aproximadamente 2 metros de altura. Sorprendidos dicen:

—¡Guau! ¡Qué grande y alto es!

—¡Será muy divertido poder deslizarnos desde allí!

Los dos corren a subirse al inflable, pero el guía les indica que solo está permitido el ingreso de niños mayores de 10 años, y Andrea apenas tiene 9. Solo puede subir Camilo. Él, un poco triste al saber que su amiga no puede subir, le dice:

—¡No te preocupes, Andrea! Yo te estaré reportando todo desde las alturas.

—Excelente idea, aquí estaré observándote.

Camilo, muy efusivo, sube por unas escaleras. Tiene puestas sus medias y en medio de su prisa, se resbala y se golpea la rodilla, pero decide continuar. Ya estando en la cima, se dispone a tirarse por el tobogán del inflable, sin percatarse de que debe esperar el pito del instructor para poder deslizarse, lo que hace que se lance sobre otro de los niños que se encuentra en la atracción. Durante el descenso, los dos dan tumbos, golpeándose los brazos, la cara y las piernas. Ambos salen del inflable con los ojos llorosos y tristes, pues no van a poder continuar. El instructor les recuerda:

—Es fundamental estar atentos a las indicaciones que se dan para el

uso adecuado de la atracción, así como respetar los turnos y espacios de los demás niños. El castillo tiene una gran altura y algunos movimientos o comportamientos inadecuados pueden causar lesiones o golpes.

Camilo se encuentra con su amiga Andrea, quien le pregunta preocupada:

—¿Te duele algo?

—No te preocupes, Andrea. Solo fue un raspón, estoy listo para continuar con nuestra aventura. ¿Te parece si vamos a los tronquitos? Nos podemos tirar desde allí, no te van a prohibir ingresar.

—¡Sí, me encantaría!

Los dos se dirigen a los tronquitos, donde deben saltar entre diferentes piezas de madera que tienen diferentes tamaños y alturas. Se quitan los zapatos y comienzan a jugar, entre risas. Pero de repente se escucha un grito:

—¡Ay! ¡Me duele mucho!

Era Andrea, que había caído de un tronco de dos metros de altura. Su mano derecha quedó debajo de su cuerpo, ocasionándole mucho dolor y probablemente una fractura. Lloro desconsolada. Camilo, muy angustiado, grita pidiendo auxilio:

—¡Ayuda, por favor! ¡Mi amiga necesita a un doctor!

El equipo responsable de primeros auxilios del parque llega a brindarle atención. Le inmovilizan la mano y la llevan al hospital. Ya estando allí, llegan la mamá de Andrea y la de Camilo, muy preocupadas. El médico les informa:

—Ha sufrido una fractura en el brazo derecho. Ya está inmovilizada y

fuera de peligro, pero debe guardar reposo y permanecer la mayor parte de la incapacidad en reposo.

Camilo acompaña a Andrea a casa, junto con su mamá. Mientras la ayuda a acomodarse en su cama, conversan:

—¿Sabes algo, Andrea? Hoy entendí que las alturas son muy divertidas, pero si no se siguen las medidas de seguridad resultan muy peligrosas.

—Tienes razón —responde ella—. Yo aprendí que debemos escuchar a los guías y a nuestros padres. Cuando me recupere, quiero ayudar en el parque, recordando a los niños que quieren ingresar la importancia de cuidarse, dándoles todas las recomendaciones sobre las diferentes atracciones. Mi situación servirá de ejemplo para evitar consecuencias en su salud.

—¡Qué gran idea, Andrea! —contesta Camilo—. Ojalá pronto podamos volver a jugar, pero esta vez con toda la seguridad necesaria. En muchas ocasiones, nuestro desconocimiento o el cometer actos inseguros, y no seguir las medidas de prevención, hace que podamos tener consecuencias, como en tu caso: fracturas; o en el mío: caídas y golpes. Ahora, debo irme a casa, mi mamá me está esperando afuera. Deseo que te recuperes pronto y podamos salir a jugar nuevamente, esta vez siguiendo todas las indicaciones.



La seguridad es la clave en cualquier aventura. Camilo y Andrea aprendieron a seguir recomendaciones y usar protección para evitar accidentes. Nunca subestimes la importancia de cuidarte: prevenir siempre será mejor que lamentar.



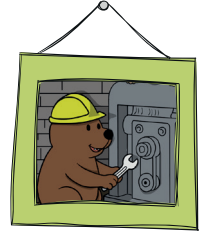
Ilustración: Laura Daniela Paredes

C·IV



Escanea el código
y reproduce un audio.





Capítulo 4

Pedro el castor y la fábrica ruidosa

Riesgo físico: ruido

Esta es la historia de Pedro el castor, uno de los habitantes de Villa Sonrisa, un lugar alegre y lleno de naturaleza. Aunque la villa no era muy grande, albergaba una sorprendente diversidad de animales.

Pedro vivía con su esposa, la castora Lola, y su pequeño y travieso hijo Paquito. Trabajaba vendiendo helados junto con su amigo, el oso Moncho.

Pedro era muy curioso y siempre se preguntaba qué había más allá de la villa, qué aventuras le esperaban si llegaba a cruzar el espeso bosque. Una tarde, Pedro preguntó a su amigo Moncho:

—Moncho, ¿alguna vez has pensado en salir de Villa Sonrisa y explorar sus alrededores?

Moncho se rio y, sorprendido respondió:

—¡Estás loco, Pedro! ¿Cómo se te ocurre? Este es un lugar alegre y muy tranquilo. Además, todos me conocen, conocen a mi familia... y aquí estamos muy seguros.

Esta respuesta no detuvo a Pedro, ya que él deseaba con ansias conocer lo que había más allá y explorar nuevos caminos. Su deseo de explorar lo desconocido era más fuerte que cualquier advertencia.

Un día, mientras descansaba y se aburría de la rutina, Pedro decidió aventurarse sin que sus amigos o su familia se enterarán. Tomó un termo, lo llenó con su leche de almendra favorita, empacó algo de alimento y partió hacia la aventura.

Mientras caminaba a través del bosque, sintió una sensación extraña: era una mezcla de calor y frío que no entendía si era por los nervios o por el clima propio de la zona, debido a la altura de los árboles que lo rodeaban. De repente, concentrado en esa rara sensación, tropezó con un árbol gigantesco, cuyas ramas pronunciadas formaban una figura algo extraña. Entre ellas, parecía dibujarse un rostro severo con una expresión poco amigable.

—¿Tú quién eres y qué haces caminando en mi bosque? —preguntó el árbol con voz potente y profunda.

Pedro, asustado por oír al árbol hablar, dio un gran brinco y, con voz temblorosa entrecortada, le respondió:

—Mi... mi... mi nom... bre es Pedro... Pedro el castor. Vengo de Villa Sonrisa y quiero conocer lo que hay más allá de mi casa. ¿Y tú cómo te llamas, gigantesco árbol?

El árbol soltó una carcajada y contestó:

—Yo soy el Árbol Sabio, guardián de este bosque. Me encargo de cuidar que los forasteros no lastimen nuestro hogar. Pero si lo que deseas es explorar lo que hay más allá de tu villa, te permitiré el paso. Eso sí, ten cuidado y respeta mi bosque. Si me entero de que lo dañas, no te permitiré regresar a tu villa.

Pedro solo le regresó una tímida y temblorosa sonrisa, y le contestó:

—Te lo prometo. Solo quiero aventurarme. Pero, señor Sabio, tengo una pregunta: ¿hacia qué dirección debo seguir?

El Árbol Sabio respondió:

—Sigue derecho, unos tres kilómetros aproximadamente. Allí encontrarás una pequeña fábrica textil. Quizá en ella encontrarás otras criaturas del bosque que trabajan allí, y tal vez las podrías ayudar.

Muy intrigado, Pedro inició su camino. Exhausto, encontró la fábrica textil. Era un edificio modesto, descuidado, con un exterior algo sucio. Lo más impactante era que, desde muy lejos, un fuerte y constante ruido escapaba de su interior. Era tan fuerte que lograba distraer a Pedro de sus propios pensamientos.

Se acercó lentamente a la fábrica, algo aturdido, pero lleno de curiosidad por saber qué sucedía allí. Tocó la puerta, pero los golpes no se escuchaban debido al bullicio. Decidió buscar una ventana para llamar la atención de alguna de las criaturas que estuvieran dentro. Después de un rato, un rinoceronte grande y corpulento pasó por allí y alcanzó a ver las señales que hacía Pedro, por lo que abrió la puerta y le preguntó:

—Señor castor, ¿qué necesita? ¿Por qué está aquí?

—Mi nombre es Pedro —respondió—. Solo quería conocer su fábrica. El señor Árbol Sabio me recomendó visitarla, porque quería descubrir cosas nuevas, que no hay en mi villa, como una fábrica.

—Mucho gusto, mi nombre es Ismael; Ismael el rinoceronte —le dijo amablemente—.

El rinoceronte, al ver la curiosidad de Pedro, le permitió entrar y realizar un pequeño recorrido.

Aunque algo asustado, Pedro estaba muy emocionado de explorar por dentro el edificio. Además, no notaba peligros, ya que estaba charlando de manera amigable y amena con su nuevo amigo.

Al ingresar, lo primero que observó fue un pequeño cuarto, lugar de trabajo de Ismael. Él pasaba todo su tiempo allí porque era el jefe de la fábrica. Aunque el cuarto era diminuto y cerrado, el ruido era constante. Intrigado, Pedro preguntó:

—Amigo, ¿de dónde sale tanto ruido?

—Proviene de algunas máquinas perezosas —contestó, habituado—. No están viejas, solo que no les gusta trabajar y por lo tanto, lo hacen

de mala gana.

Asombrado, Pedro replicó:

—¿Y cómo sabe usted que es por pereza y que hacen las cosas de mala gana? ¿Y si es por otro motivo?

—Eso dicen todos en la planta —contestó Ismael—. Y yo creo y confío en la palabra de mis trabajadores.

Mientras seguían el recorrido, Pedro observó tres máquinas: una grande, una mediana y otra pequeña. Era evidente que eran las que generaban todo ese ruido. Sin embargo, no operaban solas; eran manipuladas por un mono de manera torpe y con una ligereza que dejaba mucho que desear. Al ver el asombro de Pedro, Ismael replicó:

—El ritmo debe ser acelerado y todo tiene que estar listo en tiempos muy cortos para evitar problemas con los jefes.

Pedro, confundido por lo que decía el rinoceronte y por ver que las máquinas eran manipuladas a gran velocidad por un mono inexperto, lo que hacía que el ruido pareciera multiplicarse por el esfuerzo del animal, preguntó:

—¿Por qué un solo mono está operando tres máquinas? Al parecer, no es por pereza de ellas que se genera el ruido. Es notorio que ellas trabajan demasiado rápido, aunque con la torpeza del señor Mono.

Ismael, un poco disgustado, le contestó a Pedro:

—No, no es el señor Mono el torpe —dijo el rinoceronte—. Las máquinas son lentas y ruidosas; necesitan más agilidad.

Las conversaciones entre ellos eran a gritos y complicadas, porque el ruido no permitía escuchar claramente la voz de ninguno. Pero realmente hablaban con cordialidad y se cayeron bien.

Entrada la noche, Ismael preparó una oficina para que Pedro pudiera

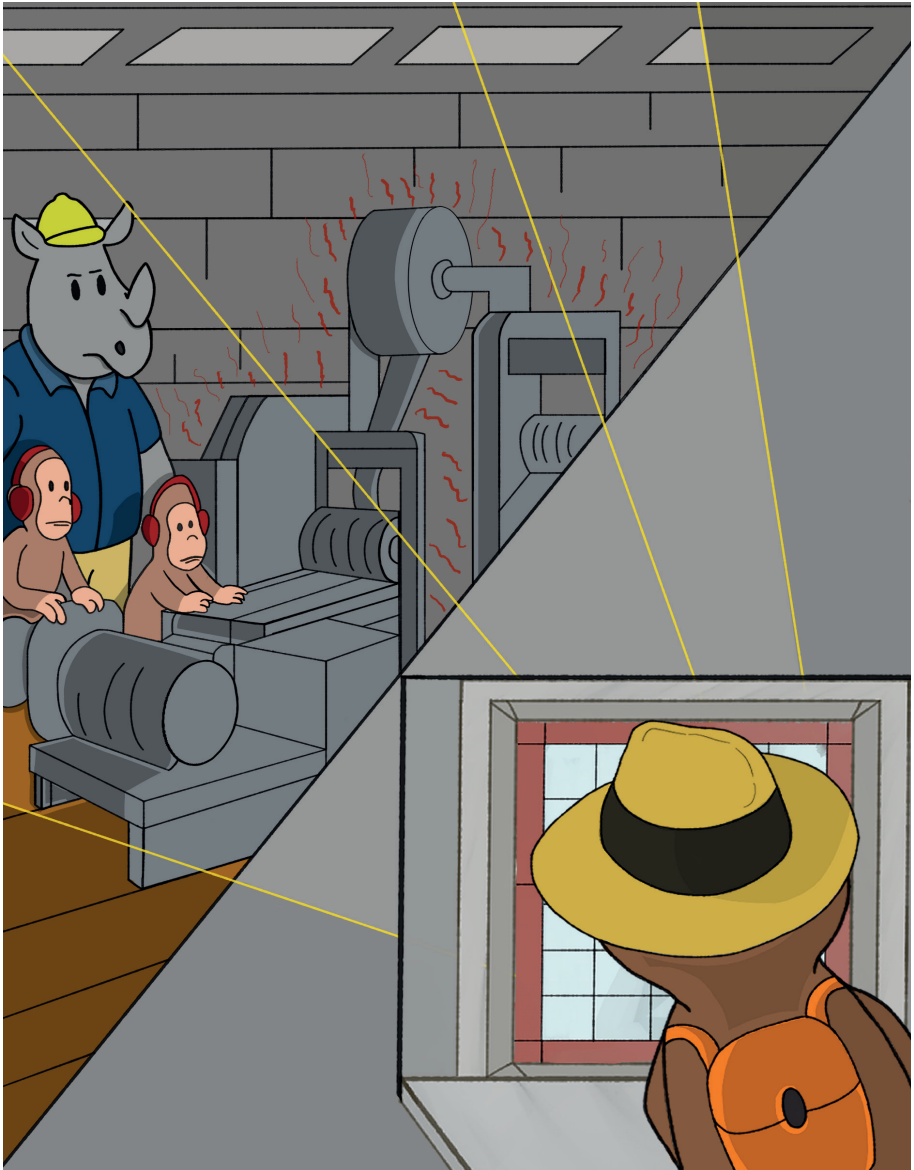


Ilustración: Juan Sebastián González

dormir allí y no tuviera que pasar la noche en la intemperie del bosque.

En medio de la noche, comenzaron a escucharse unos lamentos extraños. Ya solo, Pedro se despertó por el sonido. Miedoso, buscó con qué protegerse, encontró un bate, lo tomó y siguió el origen de los lamentos. Finalmente descubrió que quien se quejaba era la máquina más grande. Esta se veía en muy mal estado: sucia, sin pintura, descuidada, chorreaba aceite por un lado y tenía un trozo de tela atascado en su mecanismo, justo por donde debía salir el material procesado.

Cuando Pedro dio un paso más, nuevamente escuchó el lamento. Al mirar con atención, se dio cuenta de que provenía de la máquina misma, que, con voz quebrada, le dijo:

—Sé que todos me ven fea y sucia. Dicen que soy una perezosa y que no sirvo para nada. Me golpean para que funcione, pero nada de lo que pasa es mi culpa.

Pedro, sorprendido, preguntó:

—Señora máquina, ¿por qué llora? ¿En qué le puedo ayudar?

La máquina, desconsolada, le explicó:

—No hay mucho que hacer, señor Castor. Llevo mucho tiempo en esta pequeña fábrica textil, donde nadie me cuida ni me repara. No hacen mantenimiento, solo me ponen a trabajar todo el día, al igual que a mis dos hermanas menores. Mire, allí están, igual que yo, con sus latas y corazones averiados. Al encendernos, hacemos ruidos terribles que nosotras mismas no podemos soportar. Y lo peor es que nos culpan de todo: del ruido, de los atascos, de las demoras... pero no es nuestra culpa. Nos llaman perezosas cuando la producción se detiene. Pero nadie tiene en cuenta que nos duele el cuerpo por falta de reparación, nos tiemblan todas nuestras piezas y por eso se genera tanto ruido.

Pedro se sintió profundamente triste. Ahora comprendía que el pro-

blema del ruido de la fábrica no era culpa de las máquinas, sino de la mala gestión: nadie se preocupaba por su cuidado o las consecuencias, solo les preocupaba la producción de grandes cantidades. Era evidente que desde Ismael hasta el mono operador, nadie estaba pendiente del mantenimiento, ni del buen uso de las tres máquinas.

Tras regresar a Villa Sonrisa, Pedro el Castor, pensativo y muy preocupado por toda aquella situación que había vivido, contó a su esposa Lola, a su hijo Paquito y a su amigo el Oso Moncho lo sucedido en esa fábrica.

Todos quedaron asombrados. Aunque en su villa no existían ese tipo de negocios, comprendieron que debían extender una mano a todas las criaturas que trabajaban allí. Investigaron, leyeron muchos libros y consultaron con expertos sobre lo que se debía hacer para realizar mantenimientos preventivos, los efectos en la salud por ruidos excesivos y las buenas prácticas para cuidar de los trabajadores y de los equipos en general.

Días después, con una misión muy clara, Pedro, Lola, Paquito, el Oso Moncho, el señor Puercoespín y la Ardilla Ani cruzaron el bosque para ir hacia la fábrica y ayudar a resolver la problemática. Era la primera vez que salían de la villa. Ya juntos, sintieron que la experiencia era maravillosa.

Cruzando el bosque, llegaron hasta el imponente Árbol Sabio. Paquito, impresionado, exclamó:

—¡Señor Árbol, usted es enorme e imponente! ¿Cómo hizo para crecer tanto?

El Árbol Sabio se rió suavemente y respondió:

—Mi grandeza no se debe solo al tamaño que puedes notar con tus ojos. Me he dedicado a aprender sobre el bosque, a nutrirme de conocimien-

tos, absorber agua sabia, energía y sabiduría. Todo eso me permite ayudar a los demás, como ustedes lo harán ahora en la fábrica textil.

Paquito se fue muy emocionado y sonriendo; el grupo continuó su camino. Al llegar, fueron recibidos por el jefe Rinoceronte, confundido y de muy mal humor. No lograba comprender por qué tantos animales querían entrar a su fábrica.

Pedro le explicó lo que planeaban hacer. Aunque no muy convencido, Ismael les permitió pasar y llevar a cabo su propuesta.

Comenzaron por remodelar estética y funcionalmente la pequeña habitación donde jefe Rinoceronte pasaba tantas horas al día. Instalaron paredes especiales que amortiguaran el paso de los ruidos, reemplazando la puerta por una más sólida, agregando vidrios de doble lámina, un piso de caucho y también, mobiliario y decoración que permitiera un ambiente tranquilo y ergonómico. Todo para lograr un espacio armonioso, silencioso y cómodo.

Luego pasaron a las maquinas. Sin embargo, de repente, y con un fuerte grito, el jefe Rinoceronte exclamó:

—¡Deténganse! ¿Qué piensan hacer con mis máquinas? Ellas no tienen nada de malo. ¡Solo son tres perezosas que no quieren trabajar! Además, no pueden parar.

Ante estos gritos, Moncho y el señor puercoespín decidieron llevar a Ismael a la sala de juntas, explicándole la importancia de cuidar cada detalle en la fábrica para que todo funcionara correctamente. Le hicieron ver que culpar a las tres hermanas de todos los problemas no resolvería nada.

Aunque incrédulo y muy enojado, el jefe Rinoceronte empezó a reflexionar. Poco a poco, comprendió que tal vez tenían razón y que lo que le proponían podría ser la solución que tanto necesitaba para los proble-

mas de su fábrica, de sus trabajadores y del bosque. Así que los dejó continuar.

El grupo ajustó y limpió todas las piezas de las máquinas, lubricó con aceite de calidad sus engranajes y finalmente les pinto su exterior. Además, las dejaron bien fijas al piso, pues estas casi que caminaban al trabajar.

Desde lejos, y muy pendiente de lo que pasaba, el Árbol Sabio vio la dedicación del grupo de animales y decidió aportar con su magia. Extendió sus ramas hacia la fábrica y sus puntas comenzaron a brillar con una luz dorada. De repente, la pequeña fábrica se iluminó con un suave brillo resplandeciente que parecía devolverles energía a todos.

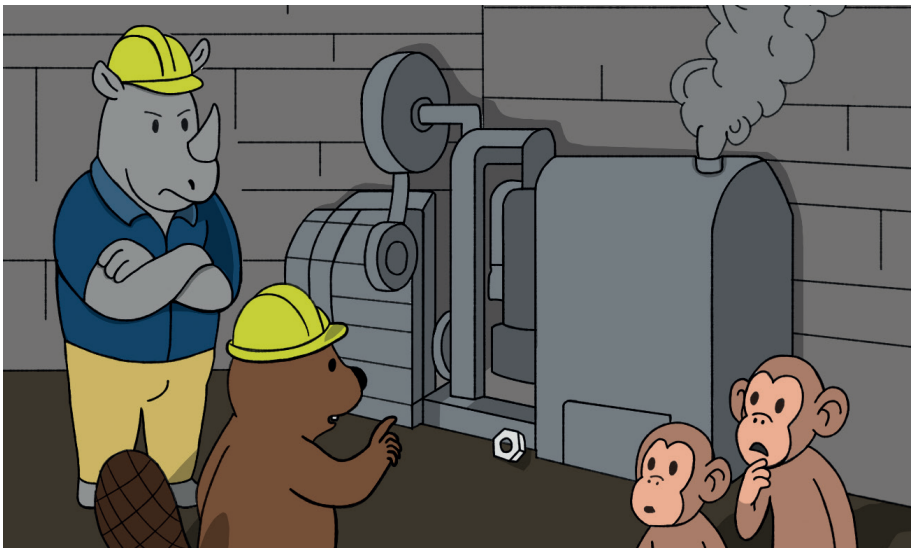


Ilustración: Juan Sebastián González

Las paredes del cuarto del jefe rinoceronte ahora no solo amortigua-

ban el ruido, sino que también mostraban hermosos patrones grabados con escenas de la naturaleza y de serenidad. Las tres hermanas, con la ayuda de esta misma magia, terminaron de ajustarse: estaban relucientes porque habían sido pintadas con colores brillantes y les habían aplicado un aceite especial, lo que provocó un sonido suave que reemplazó el ensordecedor estruendo que se vivía hasta ese momento.

Los trabajadores notaron de inmediato la diferencia: sintieron que su cabeza ya no les dolía, que sus oídos descansaban y el estrés de tanto caos desaparecía. Jamás dijeron nada por temor a Ismael, pero de tanto ruido, todos los trabajadores vivían con muy mal genio, migraña, ansiedad, y algunos que llevaban varios años en la empresa sentían que perdían un poco la capacidad de escuchar claramente. Hasta sentían dolor en la garganta de tanto gritar para poderse comunicar. Pero todo ya había pasado: la fábrica ahora respiraba calma y armonía, todos estaban felices y muy agradecidos.

Pedro quería saber cómo se sentían ahora las máquinas hermanas, así que se acercó a ellas.

—¡Gracias, Pedro! —dijeron ellas sonriendo—. Ahora podemos trabajar sin dolor y sin hacer ruidos. ¡Mira cómo nos movemos!

Ismael, al ver la fantástica transformación de su fábrica, se sintió profundamente conmovido y exclamó:

—¡Nunca imaginé que esto sería posible! Gracias por abrirme los ojos y por ayudarme a ver lo que realmente era importante.

Con el tiempo, la pequeña fábrica de textiles se convirtió en un lugar lleno de vida y alegría. Animales de todas partes del bosque venían a ver la maravillosa edificación, que ahora no solo producía hermosas telas, sino que también era un símbolo de buenas prácticas, de amistad y cooperación.

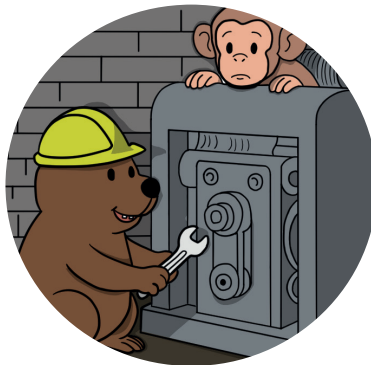
Pedro el castor, su familia y amigos regresaron a Villa Sonrisa, no sin



antes despedirse de Ismael y de las tres máquinas hermanas, quienes les agradecieron una vez más por todo lo que habían hecho. Pedro sabía que siempre podría regresar y que había hecho nuevos amigos en su aventura.

Y así, Villa Sonrisa y el bosque vivieron en paz y armonía.





Una de las mejores formas de prevenir el ruido en las empresas es mediante la realización de mantenimientos preventivos. Las máquinas de nuestro cuento no eran perezosas, sino que sufrían y no trabajaban bien por falta de mantenimiento y cuidados. El ruido que generaban afectaba la salud y el bienestar de los trabajadores, pero todo era resultado del descuido del jefe rinoceronte hacia sus recursos.





C.V



Escanea el código
y reproduce un audio.





Capítulo 5

¿Por qué a mí?

Riesgo químico: material particulado

Había una vez, en un pequeño pueblo llamado Las Lejanías, una artista del grafiti llamada Violetta Márquez. Tenía 28 años y amaba el grafiti tanto como a su pequeña hija Isabell, de 8 años.

Isabell estudiaba la primaria, mientras su mamá trabajaba en una empresa de resinas plásticas, donde se fabricaban placas de circuitos, bolas de billar, estanterías para hospitales, entre otros. Después de su jornada laboral, Violetta pasaba todas las tardes en una casa abandonada que tenían acondicionada para reutilizar las partes sobrantes de los diseños que realizaba en la fábrica. Esta actividad la realizaba en compañía de sus amigos. A menudo llevaba a Isabell, ya que no contaba con quien cuidara de ella.

Lo que Violetta no sabía era que, al realizar estas actividades de manera inadecuada, estaba exponiendo su salud y la de su hija, pues para ambas esto traería consecuencias, ya que no estaba teniendo en cuenta la exposición al material particulado que se generaba durante todo el proceso.

Una noche, mientras dormían, Violetta notó que su hija respiraba con dificultad, y al momento de despertarla, esta se encontraba mareada. Luego de esto, le dio un vaso con agua, pero enseguida la niña empezó a vomitar. Violetta también se sintió algo mareada, pero decidió no darle importancia. Pensó que era algo normal porque no había cenado bien.

Después de 15 minutos, vio a su hija en tan mal estado que decidió llevarla a urgencias, porque veía que seguía con los vómitos muy frecuentes y no era algo natural. Así que llamó a un taxi para dirigirse hasta el centro de salud del pueblo, pero descubrió que por la hora no había ni uno solo disponible. Entonces, tuvo que salir con su hija en brazos en medio de la noche.

Durante el trayecto, Isabell vomitó tres veces más. La madre, angustiada y llorando, no comprendía qué estaba sucediendo ni por qué. Después de caminar durante 30 minutos y varias cuadras más, llegaron al centro de salud, donde había una gran cantidad de personas esperando ser atendidas: madres a punto de dar a luz, personas con fracturas, entre otros.

Violetta, aterrada, se acercó a una de las enfermeras y le expuso los síntomas que presentaba su hija, detallando qué había comido y el tiempo que llevaba con los malestares. La enfermera, de nombre Lizet, trató de calmarla para saber cómo podía ayudarla y las dejó en la sala de espera mientras iba a buscar a uno de los médicos de turno.

Pocos minutos después, la pequeña Isabell comenzó a sufrir convulsiones. Desesperada, Violetta tocó la puerta del ingreso para que atendieran a su hija. La misma enfermera la dejó ingresar y Javier, el médico comenzó a hacerle una serie de preguntas. Con base en sus respuestas y los signos y síntomas de la niña, inició la valoración.

Javier le pidió a la madre que se retirara de la habitación por un momento, a lo cual ella asintió y se retiró. El médico inmediatamente empezó a explicarle a Lizet:

—La niña está sufriendo una intoxicación por exposición a alguna sustancia química en presentación particulada, por lo que es indetectable visualmente. Encárgate de investigar la causa raíz—le pidió.

Lizet salió corriendo a buscar a Violetta y le preguntó:

—¿Cuál es su rutina diaria?

Ella le contó en qué trabajaba, qué hacían en su tiempo libre y los horarios escolares de Isabell. En ese instante, la enfermera y Violetta fueron rápidamente a buscar al médico.

—Doc., la niña pasa tiempo con su madre en un taller improvisado, donde manipulan sobrantes de resinas plásticas. Ellas cortan y vuelven a moldear figuras sin protección individual. Esto indica que ha estado expuesta a materiales particulados que contienen fenol y otras sustancias que ahora mismo no podemos identificar y podría presentar una afectación más grave por su edad, ya que este químico afecta según las vías de exposición. Es evidente que las vías de contacto fueron la inhalación, la vía tópica e ingestión, ya que la madre manifestó que, jugando con una de las figuras, la niña se la introdujo en la boca, aún con residuos del polvo que se genera cuando se hace el corte y tallado de la figura.

Violetta, angustiada, preguntó:

—¿Qué daños puede ocasionar este químico a mi hija? ¿Estará bien después de esto? ¿Se va a recuperar?

Confusa y culpándose, Violetta comenzó a gritar:

—¡¿Por qué a mi hijita?! ¡¿Acaso merezco tanto dolor?!

Javier, el médico, con tono calmado, explicó:

—La exposición fue pasiva y prolongada, sin protección adecuada, y eso ha afectado a su hija. Las partículas tóxicas ingresaron a través de la inhalación, el contacto con la piel y la ingestión, debido a los residuos que quedaron en las figuras.

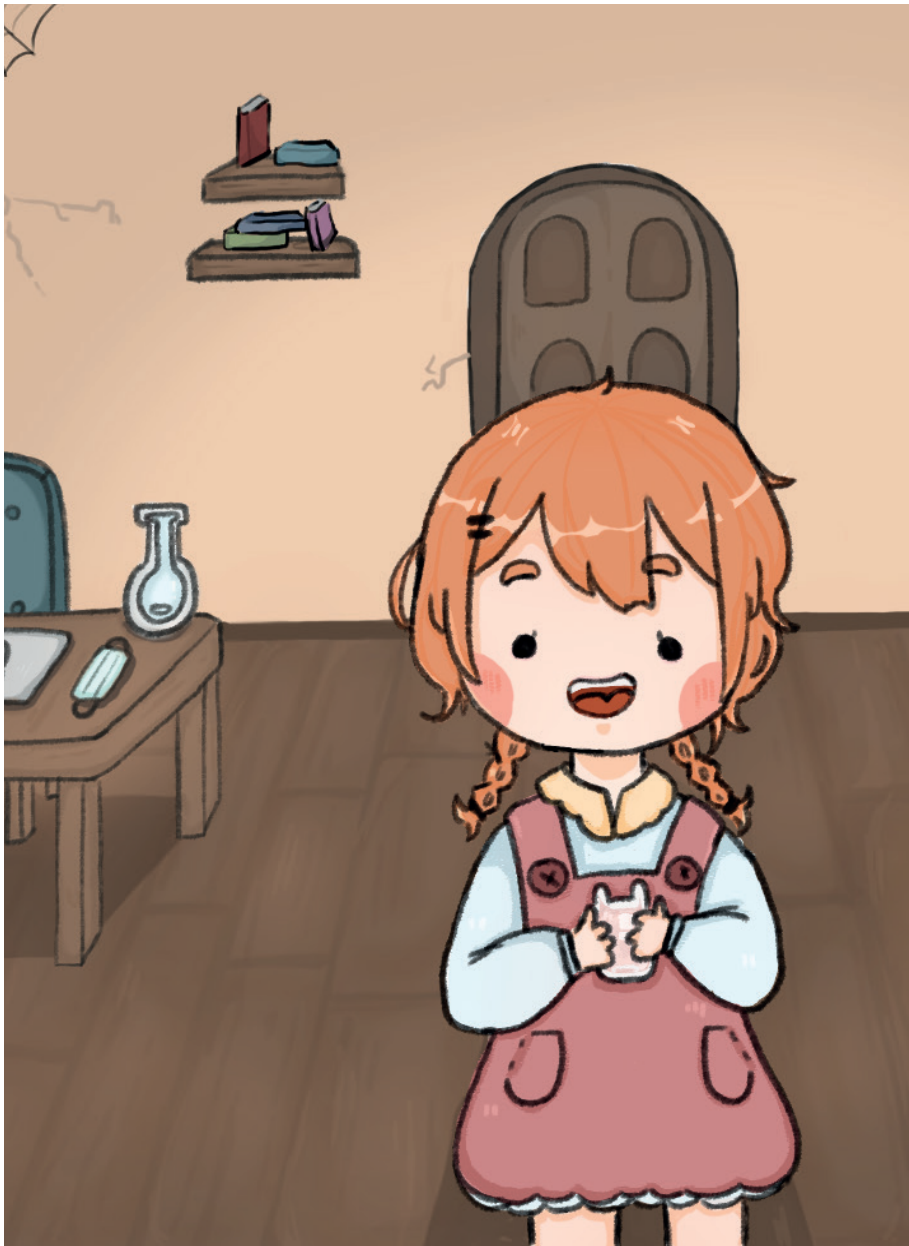


Ilustración: Laura Luque González

Violetta, arrepentida, reflexionó:

—Yo siempre uso protección para manipular el material, pero nunca pensé que Isabell también la necesitara porque para mí, ella simplemente estaba jugando con las figuras ya terminadas.

El médico añadió:

—Es importante entender que los riesgos a veces no son evidentes, pero la seguridad es esencial para todos. La exposición pasiva puede ser tan peligrosa como la exposición activa.

Isabell fue internada para recibir el tratamiento y las atenciones adecuadas. Pasaron diez días, y su salud mejoró considerablemente. El médico la dio de alta con instrucciones claras: nunca más volver a estar cerca de esos materiales. La madre, feliz, aceptó:

—¡Gracias, doctor! ¡Muchas gracias!

Al llegar a casa, Isabell, con sus ojos curiosos y llenos de preguntas, miró a su madre y le preguntó:

—Mamá, ¿por qué estaba enferma? ¿Qué me pasó?

Violetta, sentándose junto a ella, acarició su cabello. Comenzó a explicar:

—Lo que te sucedió es una lección importante sobre la seguridad y los riesgos. Déjame contarte, mi pequeña hijita: ¿Recuerdas cómo siempre usamos tapabocas con filtro especial, guantes, gafas y traje para químicos cuando estamos realizando las figuras? ¿Y que el material que utilizábamos contenía unas partículas muy finas, como arena, que se adherían?

Isabel asintió con su cabecita.

—Bueno hija, esas partículas entraron en tu cuerpo a través del aire, por la piel y la boca. Esos son productos químicos, y al ser tóxicos, causaron tu intoxicación.

—¿Mamá, me explicas qué es un producto químico?

—¡Claro, Isabel! Un producto químico es una sustancia formada por uno o más compuestos que son como los bloques de construcción que se combinan para crear distintos objetivos, como casas, edificios, hospitales, etc. Imagina que los compuestos químicos son como las letras del abecedario: cada letra por sí sola no dice mucho, pero cuando las juntamos, formamos palabras y frases.

Violetta continuó:

—Te quiero dar un ejemplo: cuando usamos las partes de las resinas plásticas, estamos utilizando productos químicos con distintos componentes, y estos contienen compuestos químicos que reaccionan con el calor o el aire, lo cual les permite adherirse a las paredes, pisos u otras superficies. Por eso, hija, algunos de estos compuestos pueden ser tóxicos o inflamables, por lo que es importante usarlos con cuidado y siguiendo las indicaciones de seguridad del producto o material.

Isabel seguía más que sorprendida.

—Cuando jugabas con las figuras terminadas, no pensamos que hubiera peligro. Pero estas contenían sustancias que eran tóxicas, además de los residuos. Por eso, hija, todo ese tiempo estuviste sin usar protección individual y se generó lo que se conoce como una “exposición pasiva”, ya que a veces los riesgos no son evidentes. Pero ahora tenemos más conocimiento, y en adelante juntas estaremos atentas a la seguridad.

Isabel sonrió, abrazó a su madre y dijo:

—¡Gracias, mamá! ¡Me siento mejor ahora!

Violetta suspiró aliviada.

—¡De nada, cariño! La seguridad siempre debe ser nuestra prioridad. Aprendimos una valiosa lección juntas.

Y así, madre e hija se abrazaron, recordando la importancia de la conciencia y la protección en cada paso que daban.



Nunca subestimes los riesgos invisibles. La seguridad es responsabilidad de todos. Protegerte a ti y a los demás, especialmente a los más pequeños, debe ser siempre la prioridad.

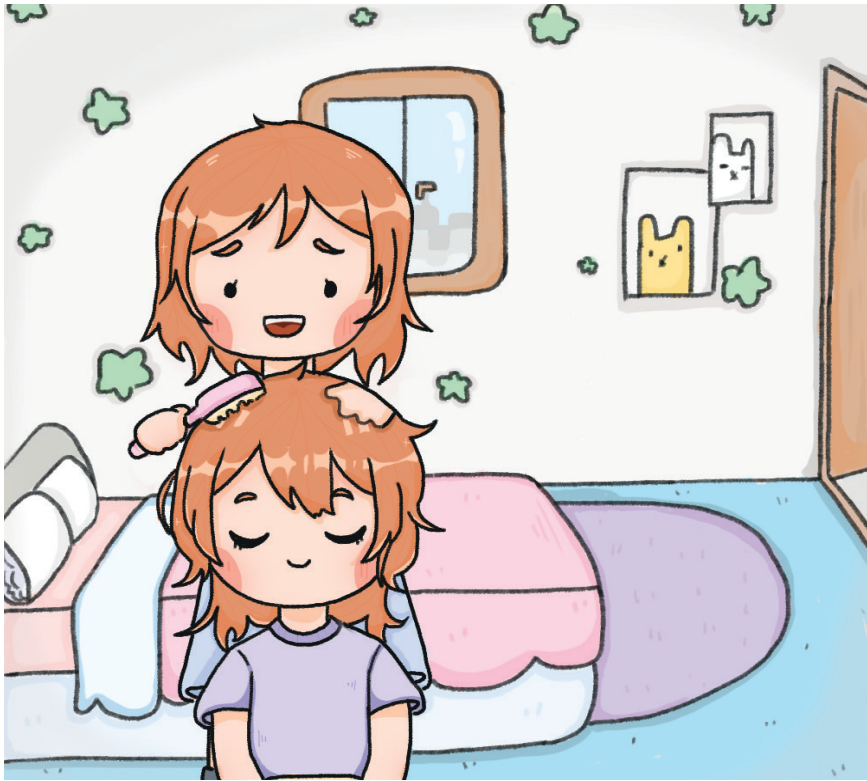


Ilustración: Laura Luque González



C·VI



Escanea el código
y reproduce un audio.



Capítulo 6

Guardián de la seguridad: la historia de Mateo, el héroe de las autopartes

Riesgo químico: polvos inorgánicos

Había una vez un encantador pueblo, conocido como Villa Verde. En este maravilloso lugar, las montañas se alzaban majestuosas y el aire fresco llevaba consigo el aroma de la naturaleza. Era un verdadero placer despertar cada día en este pintoresco lugar, donde vivía un joven llamado Mateo.

Mateo era un chico inquieto y alegre. Cada día salía de su casa en busca de aventuras y aprendizaje en cada rincón del pueblo. Una luminosa mañana de primavera, decidió explorar el vecindario, disfrutando del cálido sol que acariciaba su rostro. Mientras paseaba por las calles adoquinadas, escuchó un ruido peculiar proveniente de una antigua tienda de reparación de automóviles que estaba siendo renovada. Curioso, se acercó para investigar.

Entre el murmullo de la maquinaria y el movimiento de los trabajadores, Mateo se encontró con Juan, un amable obrero que estaba ocupado descargando cajas de autopartes.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Mateo con entusiasmo, observando con fascinación las piezas relucientes.

Juan, un vecino adolescente, sonrió y se acercó al joven curioso.

—Hola Mateo, estamos renovando esta tienda de autopartes, y también estamos manejando materiales que pueden ser peligrosos si no se manipulan con mucho cuidado.

Mateo levantó una ceja, intrigado.

—¿Peligrosos? ¿Qué quieres decir?

—Verás, Mateo, algunas de estas autopartes contienen y generan sustancias tóxicas, como el plomo en las baterías de automóviles o el amianto en los frenos de disco. Si no se tratan con precaución, pueden representar un riesgo para la salud de quienes las usamos y de aquellos que se encuentren cerca. Además, afectan el medio ambiente, ya que estas sustancias dañan la capa que protege la Tierra de la radiación solar.

Los ojos de Mateo se abrieron con asombro.

—¡Vaya, eso suena peligroso!

Juan asintió con seriedad.

—Es importante tomar precauciones para no salir lastimados. Usamos equipos de protección personal, como guantes y máscaras respiratorias, y trabajamos en áreas bien ventiladas para evitar el riesgo de exposición y no respirar esas sustancias. Pero también debemos tener en cuenta que se deben tomar medidas para no afectar nuestro entorno, porque de lo contrario, sufriríamos consecuencias de gran magnitud, como la contaminación del aire y el agua, destruyendo paso a paso la naturaleza de manera irreversible.

Mateo escuchaba atentamente, una a una, las palabras de Juan, absorbiendo cada consejo con seriedad.

—Entiendo —dijo, asintiendo—. Es crucial cuidar nuestra salud y la seguridad en todo momento.

Con el paso de los días, Mateo siguió sintiendo curiosidad por ver de cerca el progreso de la renovación de la tienda de autopartes. Quería saber más y, en lo posible, unirse para ayudar. Finalmente, terminó siendo quien se aseguraba de que los trabajadores siguieran todas las medidas de seguridad, recordándoles la importancia de proteger a los demás y a sí mismos de esas sustancias peligrosas para la salud.

En diferentes ocasiones, Mateo observó minuciosamente a algunos de los empleados utilizar los materiales de la tienda para crear autopartes. En uno de esos momentos, detectó un error evidente y potencialmente fatal: los trabajadores no usaban la protección adecuada para sus ojos y su sistema respiratorio. Además, cuando cortaban el aluminio o fundían el hierro, se generaban muchas partículas de polvo que quedaban suspendidas en el aire, lo que era nocivo para la salud de quienes entraban en contacto con estas sustancias.



Ilustración: Sara Montejo

Alarmado, Mateo recordó en ese momento que había leído un artículo en una revista que advertía sobre los riesgos para la salud de los trabajadores expuestos a agentes químicos que podían generar enfermedades laborales. Rápidamente se acercó hacia los empleados y les recordó la importancia de protegerse. Agradecidos por el recordatorio, los trabajadores comenzaron a usar las debidas protecciones. Ellos le explicaron que, a veces, la prisa por terminar el trabajo los llevaba a descuidar su seguridad, pero Mateo insistió en que no debían exponer su salud por realizar el trabajo más rápido u otra razón.

Mateo asintió con empatía, reconociendo la importancia de la precaución y el cuidado en todas las áreas.

A medida que pasaba el tiempo, Mateo quiso profundizar más en el tema. Estudió con gran interés sobre los riesgos asociados con las autopartes y se convirtió en un defensor de la seguridad en su comunidad. De una manera creativa, comenzó a realizar investigaciones sobre cómo prevenir los peligros laborales y compartió sus conocimientos con amigos, familiares y vecinos, asegurándose de que todos estuvieran informados y tomaran las precauciones necesarias para evitar problemas de salud en el futuro.

Pero la historia de Mateo no terminó allí. A medida que se adentraba en el mundo de la seguridad laboral, comenzó a investigar más sobre los diferentes tipos de peligros asociados con las autopartes. Descubrió que no solo había riesgos químicos relacionados con sustancias tóxicas, sino también peligros físicos, como la exposición a la luz o el calor excesivos, y peligros de tipo ergonómico, que afectaban los músculos del cuerpo. Todos estos riesgos debían ser evaluados para lograr implementar con éxito las precauciones necesarias.

Con determinación, Mateo decidió profundizar aún más en estos temas y buscar formas de mejorar aún más las prácticas de seguridad y de salud en el taller de reparación de automóviles y en toda la comunidad.

Se acercó al propietario de la tienda de autopartes y propuso la implementación de programas de capacitación sobre seguridad laboral para todos los empleados. También sugirió la instalación de equipos de prevención adicionales, como alfombras antideslizantes y máquinas de elevación para cargar de manera segura materiales pesados. Todos estos implementos se debían utilizar en los lugares donde se realizaban este tipo de trabajos peligrosos, para disminuir riesgos y cuidar a los empleados que allí laboraban, quienes son vitales para el funcionamiento del taller.

El propietario, impresionado por la iniciativa y el compromiso de Mateo, aceptó sus propuestas. Gracias a su perseverancia, se crearon comités de seguridad y se implementaron programas de capacitación en seguridad industrial en el taller. El objetivo era que los trabajadores aprendieran a utilizar correctamente los equipos de protección y a identificar riesgos potenciales, con el fin de prevenir accidentes durante la realización de las diferentes tareas de los operarios.

Mateo también se involucró activamente en la comunidad, organizando charlas sobre seguridad en el trabajo y distribuyendo folletos informativos sobre los peligros asociados con las autopartes. Se convirtió en un recurso valioso para aquellos que buscaban aprender más sobre cómo protegerse en el lugar de trabajo. Fue así como, rápidamente, se vieron los cambios generados por la implementación de materiales necesarios para tal fin.

Con el tiempo, la tienda de autopartes se convirtió en un modelo de seguridad laboral, y Mateo fue aclamado como un héroe local por sus esfuerzos incansables en la protección de los trabajadores y la comunidad en general.

A medida que su influencia crecía, se dio cuenta de que tenía el poder de hacer una diferencia real en la seguridad y el bienestar de los demás. Se comprometió a seguir ilustrando a todos en su entorno y a seguir impulsando prácticas laborales seguras en todo momento, teniendo en cuenta los protocolos establecidos para el uso de materiales y, de esta manera, tener un respaldo en la realización de diferentes tareas.

Luego de unos años, Mateo quiso conocer nuevas estrategias implementadas en otras empresas y organizaciones a nivel mundial, por lo que emprendió un viaje alrededor del mundo, lleno de conocimiento, aprendizaje y muchas expectativas al respecto, fortaleciendo sus habilidades y destrezas en el manejo de recursos indispensables para la seguridad laboral.

A su regreso, fundó una escuela de capacitación sobre seguridad y cuidados de la salud en el trabajo. Invitó a personas interesadas en el tema y, de este modo contribuyó a mejorar los conocimientos en estos ámbitos. Asistieron personas de distintos lugares, y todos los trabajadores, aportaron y aprendieron para más adelante aplicar lo entendido en sus trabajos.

La armonía, el esmero y la dedicación jugaron un papel fundamental, y cada vez más, Mateo se sentía satisfecho con la labor que realizaba diariamente, con el fin de propender por el bienestar de los trabajadores para que así pudieran desempeñarse de manera adecuada en sus labores.

La comunidad de Villa Verde, así como otras que acogieron las propuestas de Mateo, vio cómo todos los trabajadores pudieron realizar sus tareas satisfactoriamente sin tener que enfermarse o lastimarse. Esto sirvió también como un recordatorio constante sobre la importancia de cuidarnos mutuamente y trabajar juntos para crear un entorno seguro de trabajo para todos.

Y esta, queridos amigos, es la historia de Mateo y de cómo su dedicación a la seguridad laboral transformó una comunidad para mejor. Una lección que resonará en los corazones de todos aquellos que la escuchen. Y, lleno de satisfacción, Mateo fue galardonado por su comunidad, agradecida por el buen trabajo realizado.



En el trabajo, la seguridad no es negociable. Como Mateo aprendió, las precauciones adecuadas y el cuidado de nuestra salud no solo previenen accidentes, sino que transforman comunidades enteras.

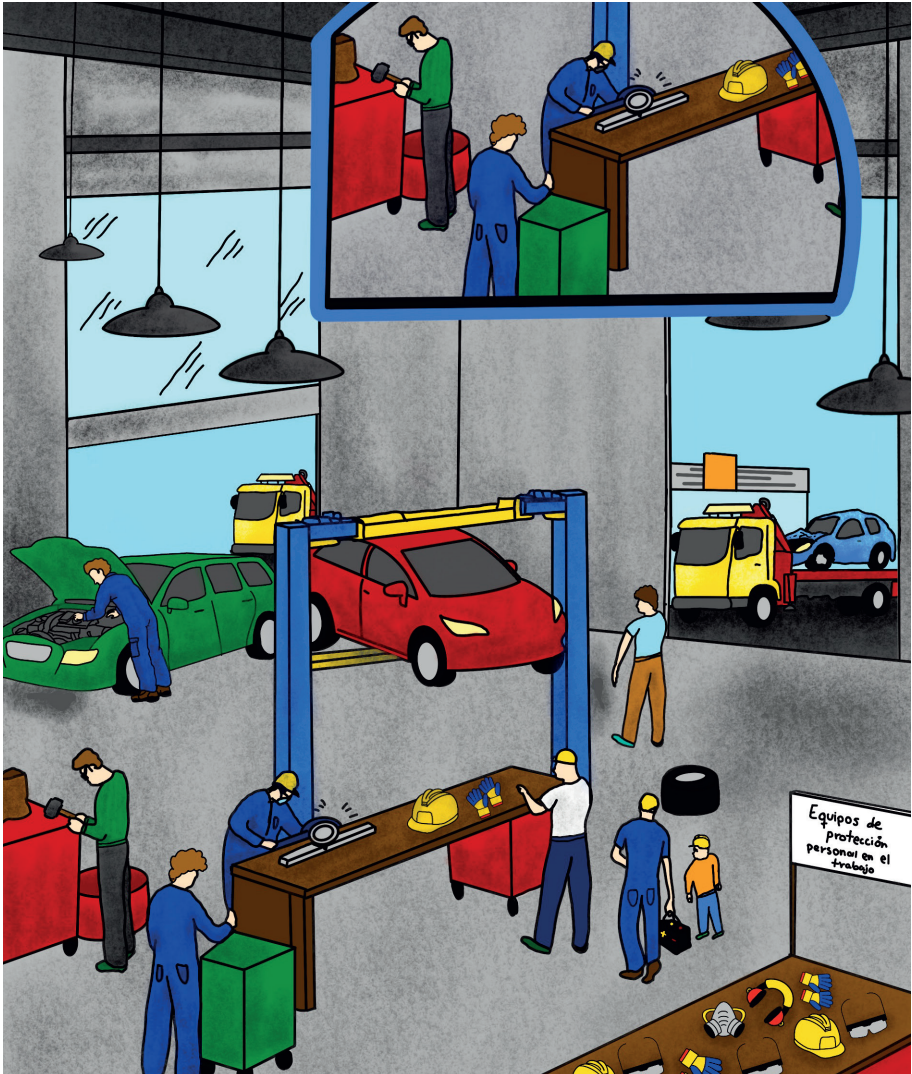
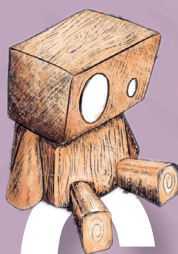


Ilustración: Sara Montejo

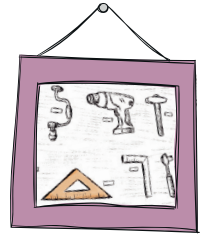


C.VII



Escanea el código
y reproduce un audio.





Capítulo 7

El mundo mecanizado de Ezequiel y su abuelito

Riesgo de seguridad: peligro mecánico

Todo comienza en un pueblo muy lejano llamado El Porvenir del Cuidado, un lugar muy seguro y agradable. Allí vivían pocas familias, pero todos se conocían. Sus habitantes eran muy amigables y serviciales. La familia López estaba compuesta por el padre, la madre, su hijo Ezequiel y su abuelito José. Todos en el pueblo los reconocían, pues se decía que el abuelo José era el mejor carpintero y tenía un taller en el centro donde realizaba muñecos en madera para los niños. Al finalizar el año, el abuelito José trabajaba arduamente para cumplir con todos los pedidos, pues durante aquella temporada aumentaban los pedidos de muñecos, que eran regalados por los padres a sus hijos por portarse bien.

Ezequiel era un niño muy inteligente y audaz. Visitaba a su abuelito en el taller todos los domingos, pues esta era su recompensa por cumplir con sus tareas en el colegio y en casa. Él se sentía muy feliz de pasar el tiempo con su abuelito José y, además, disfrutaba jugar con las herramientas en el taller. Así fue pasando el tiempo y el taller del abuelito José se convirtió en el más popular del pueblo. Año tras año, Ezequiel observaba cómo su abuelo se dedicaba a diseñar y elaborar los muñecos de madera, lo que lo hacía feliz, porque compartía el gusto y el amor por crear estas piezas con madera.

Sin embargo, cuando Ezequiel cumplió diez años, algo lo preocupó. Se dio cuenta de que su abuelo José siempre tenía heridas en las manos y ya no podía construir los muñecos con la misma agilidad que antes.

Ezequiel se puso muy triste por esto y pensó:

—¿Cómo podré ayudar a mi abuelo?

El abuelito José salía todos los jueves a la capital a comprar las maderas, pinturas, telas, lanas y pegantes necesarios para el diseño de los muñecos. La noche anterior a ese jueves, Ezequiel se acostó, pero no lograba conciliar el sueño pensando en las manos lastimadas de su abuelito José. Entonces, decidió explorar en el taller. Al día siguiente, decidió realizar un plan, para lo que necesitaba la ayuda de su mejor amigo y le dijo:

—¡Ey, Sergio, ven! Acompáñame al taller de mi abuelo para que juguemos a los exploradores!

Sergio, siempre entusiasta, le respondió:

—¡Uy, qué divertido! ¡Me gusta la idea de ser explorador!

Después de terminar las clases, Ezequiel y Sergio siempre se iban a jugar al parque, pero esta vez decidieron cambiar sus planes e ir al taller. Para esto llevaron una cámara, sus gafas de visión láser y un cuaderno para anotar los descubrimientos que lograran.

Ezequiel sabía que su abuelo siempre dejaba una copia de la llave debajo del tapete de la entrada (este era un secreto entre el abuelo y su nieto), así que les fue fácil ingresar al taller. Entraron sin hacer ruido, y al llegar, se dieron cuenta de que todo estaba desordenado. Ezequiel empezó a caminar por el taller cuando de repente tropezó con un martillo atravesado en el piso y cayó al suelo.

—¡Ay! —gritó, frotándose el brazo.

Sergio se acercó preocupado:

—¿Estás bien, Ezequiel?

—Sí, solo fue un tropezón. ¡No pasa nada! —respondió Ezequiel, poniéndose de pie rápidamente—. ¡Pero tenemos que continuar con la investigación! ¡No hay tiempo que perder!

A pesar del pequeño accidente, los dos amigos siguieron adelante. Continuaron con la exploración, pero esta vez con más precaución. Mientras Sergio se ponía a estudiar las herramientas, Ezequiel sacaba fotos y anotaba todo lo que veía. Al principio, estaban un poco confundidos, pero pronto se dieron cuenta de que cada herramienta estaba marcada con su nombre. Desde alicates hasta taladros, pasando por martillos y lijadoras, todo estaba allí. Además, había escuadras, llaves, cinceles, serruchos, destornilladores y lápices.

Sergio analizó un poco más el panorama y le dijo a Ezequiel:

—¡Amigo! Considero que lo primero que debemos hacer es investigar cuáles son las herramientas que utiliza tu abuelito para elaborar los muñecos, así conocemos sus diferentes formas y tamaños.

—Mira, Sergio —dijo Ezequiel, señalando una lijadora—. Cada herramienta tiene su función. ¡Esto es como un mapa de tesoros!

Todo esto para Ezequiel y Sergio era un mundo nuevo, así que decidieron seguir con su investigación.

Pero justo cuando se sentían como verdaderos exploradores, escucharon pasos en la puerta. Ezequiel se puso tenso. Ellos no contaban con que ese día el abuelito José llegaría más temprano. Ezequiel se dio cuenta de que su abuelo estaba hablando con un viejo amigo.

—¡El abuelo! —susurró.

Sergio, alarmado, le dijo:

—¡Tenemos que escondernos! ¡Oye, ya es muy tarde para escapar!

Por fortuna, había un cuarto donde se guardaban todos los muñecos de madera que, por alguna razón, no se habían podido entregar a los niños del pueblo. Se quedaron allí en silencio.

El abuelito José entró al taller y se dispuso a trabajar desde su escondite. Al mismo tiempo, los padres de los niños estaban preocupados porque ya era muy tarde y no sabían nada de sus hijos, quienes tampoco habían llegado a casa. Así transcurrieron varias horas hasta que llegó la noche y el abuelito se dirigió a descansar, por lo que Ezequiel le dijo a Sergio:

—¡Ahora o nunca! ¡Vamos a salir antes de que nos vea!

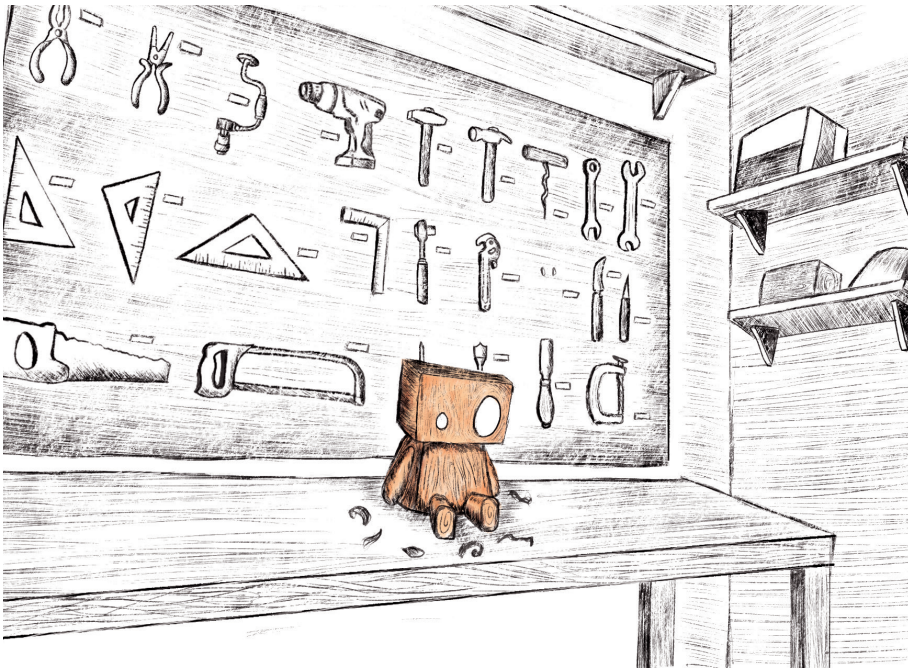


Ilustración: Santiago Montoya

Y así, con mucho sigilo, lograron salir del taller sin que el abuelo los notara. Al llegar a casa, Ezequiel le explicó a sus padres:

—Perdón, papá, mamá. Me quedé un poco más de lo que debía, pero fui a visitar a mi abuelito e invité a Sergio para que me acompañara; lo estuvimos esperando durante mucho tiempo, pero luego recordé que el abuelo estaba fuera del pueblo y se nos pasó el tiempo jugando.

Sergio les dijo lo mismo a sus padres, sin embargo, no se salvaron del castigo, por lo que durante esa semana no podían ir a jugar después del colegio. Finalmente, esto para ellos no era un castigo, porque estaban intentando ayudar al abuelito.

Esa misma noche, cada uno de ellos empezó a investigar sobre las herramientas encontradas en la exploración. Como ya tenían los nombres y las fotos, se dieron cuenta de que tenían diferentes tipos: manuales, eléctricas, mecanizadas, hidráulicas, entre otras, que funcionan con diferentes tipos de fuerza, como la humana, la eléctrica y la neumática (a presión), y que todas debían garantizar la seguridad de las personas para evitar lesiones. En ese momento, Ezequiel y Sergio descubrieron que también podían ser un peligro y que se debían manejar con medidas de prevención y precaución.

Ezequiel se dio cuenta de que el taller del abuelo no solo debía ser más ordenado, sino que también necesitaba medidas de seguridad. Al día siguiente, le mostró todo lo que había pensado a Sergio.

—Tenemos que hacer todo lo posible para ayudar al abuelo —dijo Ezequiel con determinación—. Las herramientas son peligrosas si no se usan correctamente.

Sergio, siempre dispuesto a colaborar, respondió:

—¡Claro! ¡Vamos a hablar con las familias del pueblo! ¡Podemos hacer algo para mejorar todo!

En el descanso no jugaron como de costumbre con sus compañeros, sino que, por el contrario, se sentaron e idearon un plan que ayudaría al abuelito José y les dejaría un gran aprendizaje.

Al llegar el domingo, Ezequiel y Sergio decidieron contarles la verdad a sus padres para que pudieran ayudarlos a intervenir en esas medidas que debía implementar el abuelito José. La noticia se divulgó en el pueblo y se unieron todas las familias solidarias. Lo primero que hicieron fue diseñar un espacio más grande y estandarizado dentro del taller, que contara con áreas para guardar las herramientas de forma adecuada y clasificada. Recolectaron dinero entre las diferentes familias y algunas herramientas fueron reparadas, mientras que otras se sustituyeron por unas nuevas debido al desgaste que presentaban. También adquirieron elementos de protección personal de acuerdo con las características del abuelito José: guantes según el tamaño de su mano para protegerse de golpes, laceraciones y machucones, gafas para la protección de los ojos, protección auditiva para los momentos en que utilizaba herramientas que generaban ruido, delantal de carnaza para evitar proyecciones en su cuerpo y botas de seguridad para evitar los golpes que recibía en sus pies al tropezar. Asimismo, entre todos realizaron una jornada de orden y aseo, lo que permitió ver el sitio mucho más llamativo, interesante y seguro.

El abuelo José, muy agradecido, aceptó todas las mejoras. Y para devolverle el favor a su gente, permitió que cada día fuera al taller un miembro diferente de cada familia para que observara cómo se realizaba la fabricación de los muñecos y así poder aprender algo nuevo de lo que su nieto Ezequiel descubría. Él se interesó por indagar más en el tema de la prevención y la seguridad, y así seguir aportando a su abuelito ideas de mejora que previnieran los riesgos a los que se exponía mientras continuaba con la construcción de los muñecos de madera. Y así fue como todos los habitantes del pueblo conocieron acerca del peligro mecánico y cómo se pueden prevenir los accidentes en el trabajo.

Ezequiel y Sergio no solo habían ayudado al abuelo, sino que también habían aprendido una valiosa lección sobre la importancia de la seguridad, la cooperación y, sobre todo, el trabajo en equipo.



En el trabajo no solo es importante ser hábil; también es fundamental ser consciente de los riesgos. Utilizar las herramientas adecuadas, mantener el espacio organizado y emplear equipo de protección personal no solo ayuda a prevenir accidentes, sino que también garantiza que podamos seguir creando con seguridad y bienestar.

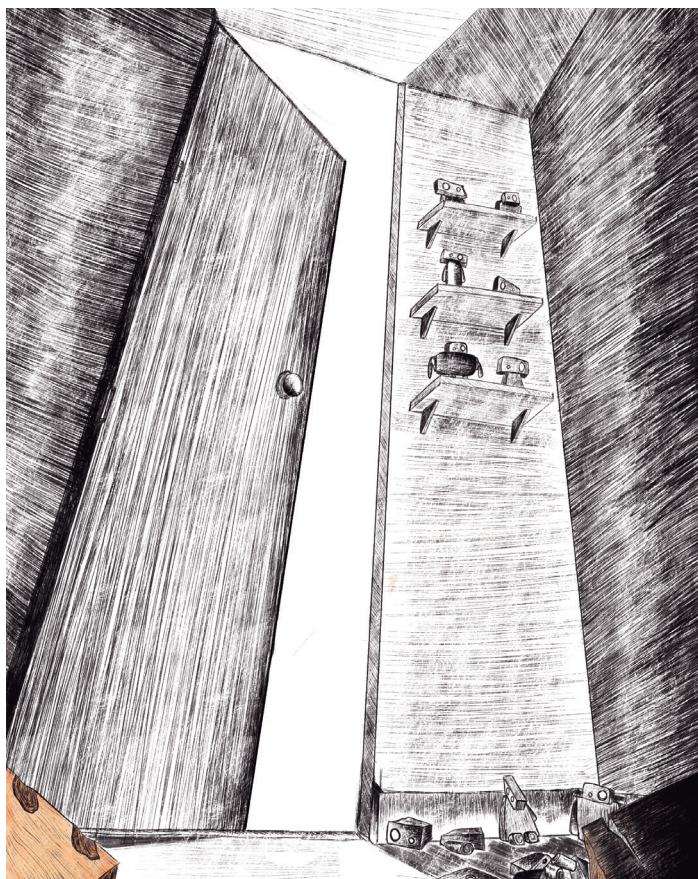


Ilustración: Santiago Montoya



C·VIII



Escanea el código
y reproduce un audio.



Capítulo 8

El hilo de la creación de la abuela Osa Clara

Riesgo físico: iluminación

Había una vez un bosquecito encantador, donde la naturaleza abundaba y sus habitantes eran realmente felices.

En uno de los límites de este hermoso bosque existía una fábrica textil llamada Los Telares Mágicos. Desde lejos se podían ver sus grandes y altas chimeneas lanzando columnas de humo al cielo. Las paredes, hechas de ladrillo, ya habían perdido con los años el vibrante color rojizo que las caracterizaba. Sin embargo, la fábrica seguía siendo el corazón palpitante de la comunidad.

En ella trabajaban diferentes animales: castores, patos, leones, puercoespines, panteras, entre otros. Destacaba especialmente la señora osa, quien llevaba muchos años trabajando allí. Su pelaje, ya algo canoso por la edad, sus garras cortas y sus ojos hundidos eran muestra de su gran trayectoria. Usaba unos enormes lentes dorados para trabajar y todos la conocían cariñosamente como la abuela Osa Clara.

Cada día, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, las máquinas de Los Telares Mágicos rugían sin descanso.

El sonido de las máquinas se acompañaba de las risas de los trabajadores, quienes, siempre alegres, tejían con agilidad hilos de algodón para crear hermosas telas de colores vivos y brillantes. Los rollos de tela se convertían en prendas mágicas y deslumbrantes, que luego eran enviadas a diferentes partes del mundo.



Ilustración: Ángela Liliana Muller Salamanca

La fábrica textil era un lugar de creatividad y trabajo en equipo, encabezada por la abuela Osa Clara. Cada pieza de tela contaba una historia, llevando consigo el esfuerzo y la dedicación de todos los animales que participaban en su creación.

El director de la fábrica era un zorro de tres colas, conocido por ser un líder excepcional y un gran colaborador. Con su trato amable, los hacía sentir como parte de su familia.

Toda la fábrica estaba en buen estado. En caso de que llegara a haber una anomalía en alguna de sus máquinas (como falta de iluminación, exceso de ruido o cualquier otro problema que dificultara el trabajo de los animales), de inmediato el director se ponía en marcha para resolverla definitivamente.

Pero todo cambió una mañana, cuando los trabajadores recibieron una trágica noticia: el director Zorro había fallecido repentinamente, víctima de un intenso dolor en el pecho. Su corazoncito se detuvo de inmediato, lo que lo condujo a su triste muerte.

Pasaron los días, y Los Telares Mágicos dejó de ser el lugar vibrante que había sido. Solo se escuchaba el zumbido constante de las grandes máquinas. Las risas de los animales se habían apagado. Todo comenzó a cambiar, y esto se debía a que existía un nuevo director: un ogro enfocado en los negocios, duro de corazón y sin sentimientos. Su único gran interés era aumentar la producción y reducir costos.

Él era un ogro enorme, que siempre estaba de mal genio, gritándole a sus empleados. Siempre fruncía el ceño, tenía sus colmillos largos y salidos, lo que generaba realmente mucho miedo en todos.

En la fábrica, el ambiente ya no era el mismo. Se implementaron cambios drásticos: los horarios eran más largos, se contaba con menos descansos y se eliminó toda posibilidad de expresar creatividad.

Osa Clara y sus compañeros animalitos se sentían muy tristes y desconsolados por las nuevas reglas impuestas por el feo ogro. La magia que solía impregnar la fábrica comenzó a desvanecerse y a desdibujarse. Ya no solo se trataba de la pérdida del antiguo director, sino también del agotamiento que comenzaba a dominar a todos.

Algunas de las máquinas comenzaron a fallar. Las grandes lámparas de la fábrica presentaban algunos daños: unas no encendían, otras estaban muy sucias y algunas estaban a punto de fundirse. Estas fallas hicieron que se redujera la producción, pues los animales no podían ver bien. Al forzar la vista constantemente, comenzaron a sentir dolor de cabeza e irritación en los ojos.

Algunos trabajadores se quejaron con el ogro sobre el mal estado de las instalaciones. Sin embargo, este, muy enojado, los obligó a seguir trabajando a pesar de las pésimas condiciones, especialmente la deficiente iluminación. La falta de luz dificultaba la visión de los animalitos al momento de coser. No faltaron los pinchazos y los cortes en sus manos; los tropezones y atascos en las máquinas eran constantes, ya que no se veían los hilos que quedaban enredados en los engranajes.

Pasaron los meses y la situación de la fábrica empeoró. Ahora los accidentes eran cada vez más graves, como el que involucró a Osa Clara, a León Rafael y a Pantera Nora. Todos se encontraban cosiendo una gran tela cuando, de repente, una de las máquinas se descontroló. Los hilos se enredaron rápidamente, atrapando las garras de los tres trabajadores. La herida de Osa Clara fue la más grave, ya que era profunda y dolorosa.

Al revisar lo sucedido, León Rafael se dirigió al señor ogro y le dijo:

—Señor ogro, es necesario mejorar la iluminación en la fábrica. No pudimos ver a tiempo que los hilos se estaban enredando. La baja iluminación ha causado muchos accidentes, pero este ha sido el peor. Afortunadamente, logramos ayudar a Osa Clara antes de que la máquina atrapara por completo su garra.

El Ogro, sin prestar mucha atención, en lugar de ofrecer una solución, simplemente los subió a un carro y los envió al hospital, ignorando la gravedad del problema.

Los animales perdían poco a poco la pasión por su oficio, y en los telares ya no se cantaba con la misma alegría de antes. La paz, el amor y la creatividad que solían reinar en la fábrica se habían desvanecido. La ausencia de Osa Clara, León Rafael y Pantera Nora dejó un vacío enorme. La abuela, en particular, era el alma del equipo. Su imaginación mágica y su enorme corazón siempre animaban a todos a innovar y a hacer cada día las cosas mejor. Sin ella, el espíritu de la fábrica parecía haber desaparecido por completo.

Finalmente, Osa Clara y sus dos compañeros, Rafael y Nora, regresaron a la fábrica después de varias semanas de recuperación en casa. Sin embargo, el ogro tomó la decisión de enviar a Osa Clara a su casa para que se tomara más tiempo de descanso.

Al ver que solo lo había hecho con ella y después de que le comentaron que la verdadera intención del ogro era despedirla, la abuela no pudo hacer más que marcharse, aunque con un gran dolor en su corazón. Ella amaba lo que hacía y para ella era una pasión ir a la fábrica. Sin embargo, no agachó la cabeza. Con su espíritu indomable y luchador, se negó a rendirse y decidió tomar cartas en el asunto.

Una noche, mientras todos dormían en el pequeño y viejo bosque, Osa Clara se escapó sigilosamente hacia la fábrica. Nadie la vio, ya que era de madrugada. Se sentó frente a su telar y, con lágrimas en los ojos, recordó los días de gloria, paz, amor y creatividad que compartió con sus compañeros, quienes en algún momento trabajaron a su lado. Esto le dio más fuerzas para tejer un diseño especial, uno que representara la resiliencia, la esperanza y la belleza que aún se podía encontrar en medio de la adversidad que estaban viviendo a causa de su nuevo director.



Ilustración: Ángela Liliana Muller Salamanca

Al amanecer, los animales de la fábrica textil ingresaron a sus puestos de trabajo y encontraron una nueva prenda en el taller de la abuela Osa, completamente diferente a todas las demás. El diseño era una obra de arte, una combinación de colores y formas que reflejaban luz y vida. Los corazones de los animales más jóvenes que trabajaban en la empresa se llenaron de emoción al ver la creación de Osa Clara. Esto los motivó e impulsó a unirse como familia, como se consideraban, para rebelarse contra las injusticias del ogro.

Unidos por la pasión, la creatividad y la justicia, decidieron presentar una queja en el Ministerio de Trabajo del Bosque, con el fin de encontrar una pronta solución.

Debido a esta queja, el encargado del Ministerio de Trabajo, el señor Leopardo Antonio, realizó una visita a la fábrica, en donde encontró al ogro gritando a los trabajadores, las máquinas averiadas, las instalaciones en muy malas condiciones y, ni qué decir de la iluminación, que apenas permitía ver.

A raíz de la visita y de la actitud del ogro con los empleados, se le solicitó su renuncia por incumplir con sus obligaciones y poner en riesgo la salud de los trabajadores de la fábrica.

Al día siguiente, el señor Leopardo Antonio tomó las riendas de la empresa y ordenó que todos los animales salieran de vacaciones para disfrutar de un merecido descanso, mientras se llevaban a cabo los arreglos estructurales de las máquinas y de iluminación que necesitaba la fábrica, además de la contratación de un nuevo director.

Durante estos ajustes, se encontraron máquinas en muy malas condiciones, pero lo más sorprendente fue ver que, para un trabajo que requería una iluminación directa y eficiente, casi la totalidad de las bombillas estaban averiadas o, en algunos casos, ni siquiera existían.

Después de quince días de descanso, los animales regresaron y encontraron a su nuevo director: el señor Andrés Conejo. Con su pelaje blanco como copos de nieve y patitas suaves que parecían bolitas de algodón, demostró más empatía y control de la situación, promoviendo y asegurando el bienestar de los animales dentro de la fábrica.

Todos los trabajadores encontraron que se había mejorado la seguridad, que existía un proyecto claro de mantenimientos preventivos a máquinas, herramientas y a toda la infraestructura, además de mejoras en los tiempos de trabajo. Y algo muy importante: se habían realizado mediciones de iluminación para verificar que los cambios en las bombillas y las reparaciones de estas permitieran trabajar con seguridad a los trabajadores.

Los animales, felices por todo el cambio, transformaron la fábrica en un lugar de inspiración y colaboración. Los telares volvieron a cantar con la misma alegría, y las telas que salían de la fábrica eran más que simples prendas. Eran testimonios de la resistencia y la fuerza del espíritu de cada uno de los que trabajaban en la fábrica.

Así, desde ese día, los Telares Mágicos de ese viejo y pequeño bosque, se convirtieron en la textilera más reconocida por sus hermosas prendas y diseños únicos, sus vivos colores y brillantes creaciones, y por la unión y el compromiso de todos los animales que trabajaban en el taller. Todo esto fue posible, en gran parte, gracias al nuevo director, Andrés Conejo, logró que el ambiente de trabajo volviera a su esencia original.



La iluminación es fundamental para realizar labores de manera adecuada. En algunos tipos de trabajo, como el que se describe en esta historia, donde se requiere alta precisión al coser, tejer, hilar, la ausencia de una buena iluminación pone en riesgo la salud y seguridad de los trabajadores.

La seguridad y la salud en el trabajo no deben ser sacrificadas en aras de la productividad. Un ambiente de trabajo seguro y saludable es fundamental para prevenir accidentes y enfermedades, y para garantizar el bienestar físico y emocional de los empleados. En un entorno laboral adecuado, los trabajadores pueden desarrollar su creatividad y su pasión por lo que hacen, lo que se traduce en un trabajo de calidad y en un ambiente de armonía y cooperación.



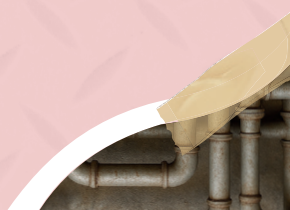
Ilustración: Ángela Liliana Muller Salamanca

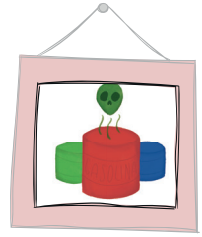


C·IX



Escanea el código
y reproduce un audio.





Capítulo 9

Renata y Valentino concursando en la gran feria

Riesgo químico: gases y vapores

En Francia, más exactamente en París, vivían Renata y Valentino, dos niños apasionados por la ciencia y la química. En su colegio, por esos días, se celebraba una feria de exposición. El premio para el mejor proyecto de investigación y reportaje sería nada menos que un gran reconocimiento.

Al escuchar esto, intrigados y con ganas de comerse el mundo, ambos decidieron aventurarse y visitar una empresa que se llamaba ProduPetróleo, donde se realizaban varios procesos de separación y transformación del hidrocarburo.

Renata, por su parte, realizó una investigación en Internet, obteniendo un concepto más claro de qué era un hidrocarburo: "Son un grupo de compuestos orgánicos que contienen principalmente carbono e hidrógeno".

Luego de leer y comprender un poco más la información, llamó por teléfono a su amigo Valentino y le explicó la importancia de realizar dicho recorrido, ya que allí se manejaban químicos de alta toxicidad. Así, podrían experimentar más de cerca los conceptos de seguridad industrial.

Por su parte, Valentino estaba gestionando con su mamá el permiso de ingreso a la empresa ProduPetróleo. Cuando recibió la confirmación, le contó a Renata que la gerencia de la organización había accedido a autorizar su ingreso. Esa misma noche, los dos niños prepararon sus mochilas con cámaras, bolígrafos, libretas, micrófonos, y todo lo necesario para emprender, al día siguiente, esta aventura.

A las 8:00 a. m., Valentino y su mamá recogieron a Renata. En el camino los dos niños comentaban las expectativas de su proyecto y la gran enseñanza que podrían compartir con sus compañeros en la escuela.

Al llegar a las instalaciones de la empresa, ya los esperaba Sofía, la profesional en riesgos laborales, quien sería la encargada de darles el recorrido y explicarles los diferentes procesos que allí se manejaban.

Primera estación

Sofía les mostró toda la infraestructura que transporta el hidrocarburo y las diferentes tuberías instaladas, así como los roles y responsabilidades de cada trabajador frente a cada actividad. Mientras tanto, Renata y Valentino tomaban apuntes y realizaban algunas tomas fotográficas para su nota periodística.

Segunda estación

En la siguiente parada, se encontraron con el proceso de toma de muestras, que consiste en separar los acompañantes del hidrocarburo.

—Se realiza en tres fases —comentó Sofía—: agua, gas y condensados.

—¿Y cómo funciona ese proceso? —preguntó Valentino.

—Es un proceso mediante el cual el trabajador toma una muestra y la pasa a un equipo que se llama separador. Este equipo permite apartar el hidrocarburo, mediante filtros y trampas instaladas en su interior— respondió Sofía—. Como resultado, estos compuestos logran separarse.

Posteriormente, se realizan análisis de laboratorio para estudiar la muestra y, de esta forma, transformarla en materiales que se convierten en varsoles, gasolina o ACPM, usados como combustible para motos, carros y algunas actividades de la vida cotidiana.

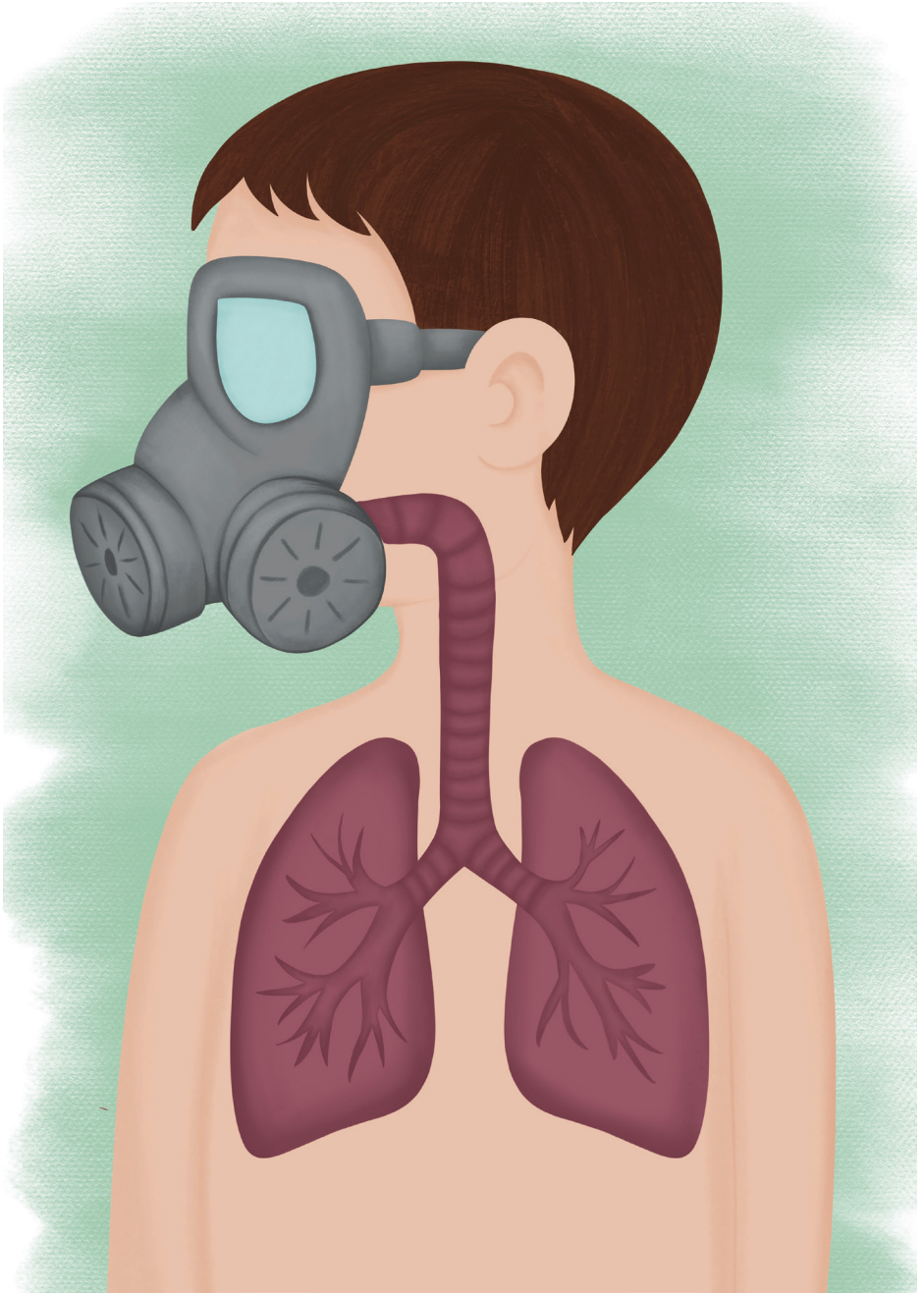


Ilustración: Mariana Nieto

—Entonces, la exposición en cada proceso para el trabajador es muy alta debido a la separación de químicos. ¿Cuál es el riesgo más alto en esta actividad y cómo lo previenen? —preguntó Renata.

—Renata, ¡muy interesante tu pregunta! —respondió Sofía—. Nuestro mayor riesgo es el químico, especialmente por gases y vapores. Son fenómenos que se presentan en el ambiente de trabajo, debido a la manipulación de químicos convertidos en gases, vapores o incluso rocíos, y que frente a esta exposición ingresan a nuestras vías respiratorias, digestivas o cutáneas, en ocasiones sin darnos cuenta.

—Por ejemplo —continuó Sofía—, durante el recorrido observaron a Jaime. Él realiza la labor de tomar muestras y diligenciar, minuto a minuto, una tabla de pH para conocer la acidez en cada una. Para ello, debe usar sus elementos de protección personal y cuidarse más de lo normal, ya que maneja químicos que pueden ingresar por sus vías respiratorias o cutáneas; este es un factor de riesgo alto que podría ocasionar una enfermedad o, incluso, la muerte.

— ¿Y cómo previenen estos riesgos? —preguntó Renata.

—Actualmente, se previenen mediante recomendaciones constantes y capacitaciones al personal sobre los riesgos más altos a los que están expuestos durante su jornada laboral —continuó Sofía—. Por eso, se suministran elementos que salvaguardan su vida, como guantes de nitrilo, trajes especializados para la separación del hidrocarburo, gafas y mascarillas con filtros de inhalación.

Renata y Valentino, tomando apuntes de lo que Sofía les enseñaba, le agradecieron por el acompañamiento en su recorrido y por compartir todo su conocimiento. Finalmente, se despidieron de Sofía y de todo su equipo de trabajo.

Esa misma noche, Renata y Valentino no pudieron dormir. Estaban decididos a montar sus diapositivas, contando todo lo que habían apren-

dido en su recorrido fueron dejando una enseñanza positiva frente a esta actividad. Aunque no parecía peligrosa, entendieron que requería mucha concentración, dedicación y el esfuerzo de todo un equipo de trabajo para que todo saliera bien. Además, comprendieron que siempre es importante contar con los equipos y elementos de seguridad en buen estado para desarrollar cualquier labor.

Al llegar a la escuela, montaron su propio stand. En él expusieron la experiencia vivida, todos los recorridos que realizaron y mostraron sus registros fotográficos de manera detallada.

Finalmente, llegaron los resultados para todos los exponentes y, para gran sorpresa, Valentino y Renata, por su esfuerzo y dedicación, fueron los merecedores de ese gran premio. ¡Se ubicaron en el puesto número uno como los grandes ganadores de esa tarde!

Días después, se encontraban disfrutando de unas divertidas vacaciones en la Isla de Barú, donde, muy seguramente, se aventurarían en nuevas experiencias.



En cualquier trabajo, incluso en el más fascinante, los riesgos son reales. Siempre protégete, sigue las medidas de seguridad y nunca subestimes los peligros invisibles.
Tu vida es lo más importante.



C·X



Escanea el código
y reproduce un audio.



Capítulo 10

La aventura del silencio

Riesgo físico: ruido

¿A quién, en algún momento de su vida, no le han agradado la paz y la tranquilidad, para sentirse en calma?

¡Pues bien! Eso pensaba Francisca, quien había vivido siempre con ese sentimiento, hasta que llegó el gran día de trasladarse a la ciudad, y su perspectiva sobre la vida cambió.

Francisca era una adolescente de 16 años que vivía con sus padres y su hermano menor, Toño, en una acogedora casa en las afueras de una ciudad, en España. ¡Por cierto, era un lugar maravilloso!

En su hogar, sentía que reinaban la paz y la tranquilidad; porque el ambiente siempre estaba en silencio, no se oían ruidos de ninguna clase, lo cual generaba armonía y confort. Ella solía decir:

—¡Guau, amo estar en mi casa! ¡No la cambiaría por nada en el mundo! Aquí soy completamente feliz y vivo tranquila.

Al igual que Francisca, su familia disfrutaba de la serenidad que les ofrecía su hogar. La paz que transmitía, el aire fresco de la naturaleza, los bellos paisajes, los atardeceres que se podían ver a través de las ventanas, y el cántico de los pájaros que cada mañana les regalaban al levantarse.

Francisca se sentía muy afortunada por su familia: Ana, su madre, psicóloga de profesión, trabajaba como profesora virtual en una universidad y se sentía igual de conectada con la naturaleza que su hija mayor.

Luis, su padre, trabajaba como ingeniero ambiental en una empresa local. Él se sentía feliz y afortunado de poder trabajar y vivir cerca, pues podía pasar tiempo con su familia y disfrutar de la tranquilidad que daba la naturaleza. Toño, su hermanito, tenía 10 años y adoraba los animales. Le encantaba recoger flores y cantar mientras caminaba de su casa al colegio.

Francisca curiosa, divertida, carismática y exploradora innata, amaba los temas relacionados con la naturaleza y se dedicaba a estudiar todo lo que la rodeaba para saber cómo funcionaban las cosas. Describía las características de cada elemento: colores, aromas, aspectos, tamaños... Pero lo que más le apasionaba era conocer el nombre de cada ave que se paseaba por las mañanas en su jardín, con su cántico melodioso.

Una tarde, decidió adentrarse en el bosque que estaba junto a su casa. En esta ocasión, invitó a su mamá a acompañarla. De repente, un sonido agudo y suave llamó la atención de las dos.

—¡Oh! —exclamó Francisca, volviéndose hacia su madre—. ¿Qué sonido tan maravilloso fue el que escuchamos?

Ana sonrió y le respondió:

—¡Es el silbido del pájaro mirlón! Es simplemente hermoso, ¿no te parece, Francisca?

—¡Sí, madre, es uno de los más hermosos cánticos que he escuchado! —respondió Francisca, con una sonrisa en su rostro.

Un día, Luis recibió una llamada que cambiaría la vida de todos: era una nueva oferta de trabajo que implicaba mudarse a Madrid. Allí ascendería al cargo de director de proyectos a nivel urbano, con la misma compañía, un nuevo puesto que representaba una oportunidad que no debía desaprovechar, ya que la había estado esperando hace mucho tiempo y fortalecería su carrera profesional. Con este nuevo cargo tendría más

contactos, dirigiría nuevos proyectos relacionados con la planificación y la gestión en los espacios urbanos, y así contribuiría a mejorar la sostenibilidad de la ciudad.

Aunque se encontraba entusiasmado por esta nueva oportunidad, Luis no podía evitar preocuparse por cómo decírselo a su familia y cómo irían a reaccionar.

—¡Oh, Dios! ¿Qué dirá mi familia ahora? —pensó, sintiendo una mezcla entre emoción y duda—. ¿Será que les gustará la idea? ¿Y si no quieren venir conmigo? ¡Ay, no, qué situación tan complicada!

Después de hacerse varios cuestionamientos, decidió irse a su casa para contar la noticia a su familia. En el camino, se detuvo a pensar, con un poco de desconsuelo, en dejar atrás el entorno que tanto apreciaba con su familia y en lo triste que sería para Francisca y Toño dejar su hogar rodeado de la naturaleza.

Luis llegó a casa y contó la noticia a su familia. Ellos, al conocer esta decisión de mudarse a Madrid, quedaron un poco tristes y ansiosos por lo que podrían encontrar allí. Aunque la mudanza significaba un cambio importante, entendieron que se trataba de una excelente oportunidad por los beneficios que conllevaba para su padre. Sin embargo, a Francisca se le veía un poco más pensativa, nostálgica y triste. Ana, al notar su inquietud, se dirigió hacia ella con una mirada comprensiva y le dijo con suavidad:

—Francisca, no te preocupes. Todos los cambios traen nuevos retos, desafíos y oportunidades. Recuerda: la esencia de lo que amamos siempre estará con nosotros. En Madrid encontraremos nuevas formas de disfrutar y apreciar la vida.

Francisca asintió con la cabeza, con una leve sonrisa:

—Sí, tienes razón, mamá.



Ilustración: Shirly Rojas

Al llegar a su nueva casa ubicada en la ciudad, Francisca y Toño se dieron cuenta de que todo era diferente. Ya no tendrían la paz y la tranquilidad que sentían en su antiguo hogar, pues a lo lejos se escuchaban los pitos de los carros, pero pronto empezaron a acostumbrarse.

—Toñito, ¿te gustaría ir conmigo a dar una vuelta por los alrededores?
—le preguntó Francisca.

—¡Claro que sí, hermanita! —respondió él. —¡Deseo conocer todo sobre este nuevo lugar!

Así que decidieron emprender una caminata. Francisca notó pronto el cambio: había mucho tráfico vehicular, que ocasionaba bastante ruido, algo molesto, pues era un sonido constante que a veces les obligaba a taparse los oídos. Además, les generó dolor de cabeza, dificultad para concentrarse y un zumbido en los oídos. Aparte del ruido natural de los carros, el estridente sonido de sus bocinas no paraba de sonar, y se oían los silbatos de los policías que dirigían el tráfico.

—¡Qué ruido tan molesto e incómodo se siente en esta ciudad! —exclamó Toño— ¿Extrañas la vida del campo?

—¡Sí! —respondió Francisca, con un suspiro. —No pensé que el ruido fuera tan molesto ni que nos afectara de esta forma. Definitivamente es un tema al que hay que prestarle mucha atención.

Continuaron su recorrido por los alrededores de su nuevo hogar y, de repente, escucharon un fuerte martilleo. Era un ruido de impacto que sonaba por momentos, pero muy intenso. Notaron que provenía de una construcción de un edificio aledaño.

—¡Toñito! —exclamó Francisca. —No sé cómo pueden trabajar esas personas con ese ruido tan incómodo. ¿Será que no les molesta escucharlo todo el día?

—¡Uy, sí! ¡Es terrible! ¡Qué ciudad tan caótica! —respondió Toño.

—Mejor vámonos, busquemos otros lugares por donde caminar —propuso Francisca.

Francisca y Toño decidieron ir por la calle que los llevaba al parque. Iban emocionados por subirse a los columpios y divertirse un rato, pero al llegar, encontraron que unas personas estaban escuchando música a todo volumen con un parlante. El volumen era tan alto que prefirieron irse para su casa.

Camino a casa, Toñito y Francisca empezaron a analizar todos los factores y los aspectos, tanto positivos como negativos, que traía su nuevo hogar, en comparación con su vivienda anterior.

—¿Sabías que la exposición prolongada al ruido puede traer efectos negativos para la salud? —preguntó Francisca.

—¡Wow, no sabía eso, hermana! —respondió Toño.

—Sí, Toñito —explicó Francisca—. La exposición constante a ruidos fuertes puede ocasionar problemas de audición, dolor de cabeza, estrés y dificultad para concentrarse.

—¿Pero sabes algo? —continuó Francisca.

—¡Dime, hermana!

—Para mitigar esa exposición al ruido y evitar que afecte nuestro hogar, podemos tomar medidas de prevención.

—¡Uy, sí, qué buena idea! ¿Qué se te ocurre? —preguntó Toño.

—Podemos utilizar tapones para los oídos, mantener las ventanas y puertas cerradas y sellar las ventanas con materiales adecuados,

como las tiras adhesivas, para evitar que ingrese tanto ruido. Podemos pedir ayuda a papá.

Al llegar a la casa, hablaron con sus padres sobre todas las situaciones y factores que tuvieron que experimentar al salir de su casa, y entre todos decidieron implementar medidas en el hogar y suministrar elementos de protección que les permitieran mitigar el impacto de la exposición al ruido; así podrían convivir con un poco de silencio y tranquilidad.

Más tarde, Francisca y Toño salieron nuevamente al parque y, al encontrarse con los otros niños, compartieron la experiencia vivida y les mostraron la protección auditiva que sus padres les habían entregado para casos de ruidos fuertes e incómodos. También les enseñaron que estos sirven para reducir el nivel de ruido. De igual manera, Toño explicó a los demás niños la importancia de controlar los niveles de intensidad del televisor y de la música que ponen en sus casas, ya que niveles muy altos podrían afectar su audición y, con el tiempo, deteriorarla si no se tienen en cuenta los valores máximos permitidos para escuchar este tipo de sonidos.



Los demás niños que estaban en el parque quedaron sorprendidos por la información que les habían compartido Toño y Francisca. Uno de ellos, curioso, les dijo:

—¡Qué interesante lo que nos has contado! Yo también quiero mi protector de oídos. Me iré corriendo a decirle a mi mamá que me lo compre. ¡Hasta luego, Toñito y Francisca! ¡Nos veremos en una próxima oportunidad!.



El ruido constante puede afectar nuestra salud, pero con medidas simples de protección auditiva podemos reducir su impacto. En el trabajo y la vida cotidiana, la prevención es clave para cuidar nuestra salud.



Ilustración: Shirly Rojas

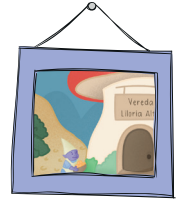


C·XI



Escanea el código
y reproduce un audio.





Capítulo 11

Pequeñas porciones de inhalación de harina

Riesgo químico: material particulado

En un pueblo muy lejano, en el que vivían los lilorios: pequeños gnomos morados que recorrían colinas, había un lugar en particular bien reconocido que destacaba: la vereda Lloria Alta. Su fama era bien conocida, pues allí se hacía el pan más delicioso de todo el reino. No importaba lo lejos que estuviera, los habitantes de los pueblos cercanos recorrían los caminos, una y otra vez, con tal de saborear esa delicia.

En Lloria Alta había cuatro liloritiendas de pan, encargadas de abastecer de estas deliciosas creaciones a todos los lilorihabitantes. Gracias al empeño de muchos panaderos, que desde el alba trabajaban con esmero, la vereda vivía repleta de sabrosas galletas, deliciosos ponqués y tortas y, sobre todo, de su especialidad: el famoso pan.

Uno de esos panaderos era Héctor, un hombre simpático y alegre. Junto con su esposa, Flor, y sus dos hijos, habitaban en una pequeña vecindad cercana a una de esas cuatro liloritiendas de pan, en donde trabajaba desde hacía dos años como hornero. Cada día, antes del amanecer, se levantaba para llevar a cabo su labor y ofrecer esos deliciosos bocadillos a las familias y habitantes de su vecindad.

En la tienda todos eran muy amigables y compañeristas, ponían todo su amor y dedicación para crear esos ricos productos.

Sin embargo, lo que nadie sabía era cómo se elaboran y por qué ningún liloripanadero podía revelar los secretos detrás del pan perfecto.

El General Morandor, gobernante de la vereda Liloría Alta, se aseguraba de que ningún liloripanadero revelara la fórmula. Era un misterio que no debía escapar a los ojos de los extraños y mucho menos caer en manos de algún intruso que la robara.

Un día, como de costumbre, Héctor se levantó temprano, tomó un baño caliente, se puso su mejor ropa mientras su esposa Flor le preparaba un rico desayuno con té y, tras despedirse de su familia, partió rumbo a la liloritienda de pan sin imaginar que viviría una jornada peculiar.

Al llegar, listo para hornear, encontró a sus compañeros liloripanaderos, pero notó algo extraño: ninguno estaba en su posición habitual de trabajo. Más sorprendido quedó cuando, bajo órdenes del General Morandor, un oficial le pidió que realizara una tarea diferente a la que habitualmente hacía: en lugar de hornear, debía preparar la masa, es decir, arrojar harina de trigo sobre ella para darle una textura suave. Héctor, aunque confundido, aceptó el encargo y durante todo el día preparó la masa de muchos panes hasta que tuvieran la consistencia deseada. Lo que no sabía era que esa simple tarea le traería problemas.

Esa noche, al llegar a casa, Héctor le contó a Flor cada detalle sobre su extraño día y el cambio de rol impuesto.

—¿Cómo te fue hoy, mi amor? —preguntó ella, con una sonrisa.

—Todo me fue bien, pero algo extraño pasó —respondió él, frotándose la nariz.

—¿Extraño? —se alarmó Flor, tocándole la frente.

—Sí, es solo que, al estar rodeado de harina todo el día, siento una pizazón rara en la nariz —. Le respondió

—¿Pero te sientes bien?



Ilustración: Laura Daniela Paredes

—Me siento un poco extraño... Pero seguro no es nada grave. Mañana estaré mejor. Solo estoy un poco pensativo por lo que te conté.

Al día siguiente, Héctor se levantó con menos molestia en la nariz. Flor le preparó su desayuno especial a toda la familia.

—¡Que tengas energía como Sansón mi amor, hoy será un gran día! —dijo mientras le servía el té a su esposo.

—¿Quién es Sansón, mamá? —preguntaron los niños.

—Un hombre fuerte, como papá.

—¡Ahhh! —respondieron los niños, satisfechos.

Con el apoyo y amor de Flor, Héctor procuró que su ánimo no decayera y continuó yendo cada mañana a la liloritienda de pan.

Semanas después, mientras trabajaba, comenzó a sentir una extraña picazón en su nariz. Al principio no le dio importancia, pero luego también esta picazón se trasladó a sus ojos. Preocupado, apresuró el paso para contarle a Flor lo que le estaba sucediendo.

Al verlo, ella se alarmó:

—Cielo, tienes una mancha roja en la nariz ¿Te la notaste desde antes? —le preguntó alarmada.

—No, mi linda. Viniendo de camino a casa, sentí que la nariz y los ojos me picaban mucho, y caminé lo más rápido posible para contarte —le respondió Héctor.

Sin saber qué hacer, su esposa lo acompañó a la cama para que descansara y pudiera ir al día siguiente a la liloritienda de pan.

Mientras tanto, la vereda Liloría Alta se preparaba para celebrar el festival anual que en pocos días se realizaría con toda clase de atracciones, juegos pirotécnicos y un circo. Cada año, las tiendas compartían sus mejores productos con visitantes de otras tierras.

Al día siguiente, Héctor se levantó sin la mancha y la picazón se sentía menos. Flor, como costumbre, preparó un rico desayuno. Él lo disfrutó con normalidad y, al salir de casa, se despidió emocionado de sus dos pequeños hijos y de su esposa. Mientras caminaba hacia la tienda, el sol brillaba sobre Liloría Alta, iluminando las coloridas casas y las alegres calles donde los gnomos morados iban y venían llenos de entusiasmo por el próximo festival. Sin embargo, la picazón que había sentido el día anterior seguía rondando su mente. ¿Acaso la harina era la causa de su malestar? ¿Y si otros panaderos sentían lo mismo?.

Al llegar a la tienda de pan, se unió a sus compañeros que ya se encontraban haciendo sus deberes y tareas. Mientras trabajaba, observó que algunos de sus colegas tenían la nariz roja, otros se frotaban los ojos y hasta uno daba bocanadas de aire muy fuertes, como si tuviera dificultad para respirar.

El descubrimiento que hizo reforzó su teoría de que la picazón de su nariz y sus ojos, sin duda, era a causa de la harina de trigo usada para preparar la masa de pan, ocasionando cambios y reacciones muy extrañas en el cuerpo de los liloripanaderos y en el suyo también.

A medida que avanzaba el día, mientras amasaba y amasaba, Héctor se preguntaba por qué la harina causaba esas reacciones en el cuerpo de sus compañeros.

—¿Será un exceso de harina para amasar? —se preguntó.

La situación y el desespero por saber qué estaba ocurriendo, hizo que Héctor tuviera una gran idea: llamar a todos los liloripanaderos amasadores para conversar sobre las reacciones físicas que sentían al ir a trabajar.

Llegada la hora de la reunión, todos parecían distraídos en el salón donde habían sido reunidos, y se preguntaban qué hacían ahí y por qué habían sido convocados. Héctor, tomó el liderazgo, y con voz fuerte y mucha vehemencia, se dirigió a todos los amasadores.

—Compañeros, ¿no han notado nada raro desde que cambiamos de funciones en la tienda? —les preguntó Héctor, con voz firme.

Los murmullos llenaron la sala.

—Yo sí ¿Por qué tenemos la nariz roja? —preguntó uno.

—¿Y por qué estamos rascándonos los ojos? —dijo otro.

—Es la harina —dijo Héctor con seguridad. —Nos está haciendo daño. Necesitamos que el General Morandor tome cartas en el asunto.

El discurso generó murmullos. Algunos enfurecidos y otros indignados se preguntaban cómo hacer para que esto no continuara pasando en su tarea y por qué el General Morandor aún no había hecho nada para detenerlo. Gracias a la iniciativa, entre todos decidieron ir con el General para exigir una solución.

En el castillo, los recibió uno de sus oficiales de guardia, pero no les permitió el ingreso al lugar, así que enfurecidos comenzaron a gritar el nombre del general para que pudiera oírlos:

—¡General Morandor! —gritaron.

Al oír su nombre desde la recámara de su habitación, bajó para ver qué era el alboroto que se escuchaba en las puertas de su castillo, dándose cuenta de que eran los liloripanaderos de las tiendas de pan. Apresuradamente, pidió al oficial de guardia que les dejara seguir.

—¿Cuál es el motivo de su visita? ¿No saben ustedes acaso, que los liloripanaderos siempre son bienvenidos en mi gran castillo? Solo tienen que informar de su visita y los recibiré. —dijo el general.

—Venimos a hablar de la harina —dijo Héctor, con voz decidida. —Nos está causando reacciones extrañas, ¡mira nuestras narices!

El General Morandor, avergonzado, asentó con la cabeza, dejando ver en su gesto que tenía conocimiento del problema. Con una gran tristeza en sus ojos, reflejando la responsabilidad que sentía, se dirigió a los liloripanaderos para darles una explicación con la que quedarían perplejos:

—El anterior General de la vereda Liloría Alta, quien era un hombre lleno de ambición y que a toda costa quería ser el más grande productor de pan que hubiese en la vereda, conociendo el daño que ocasionaría la harina de trigo en los cuerpos de los liloripanaderos amasadores, no le prestó la importancia que ello tenía y al contrario, decretó que se continuaría amasando día tras día sin descanso alguno y por los mismos lilorios durante mucho tiempo, pero lo que no sabían los liloripanaderos amasadores, era que, la harina de trigo usada para amasar el pan les provocaría una serie de efectos y reacciones en el cuerpo.

El General continuó su relato:

—La harina de trigo es un polvillo fino que provoca cambios en los cuerpos de los liloripanaderos. Si durante mucho tiempo un gnomo amasa el pan, ese polvillo que queda esparcido en el aire, entra en su nariz y causa un sarpullido en el interior de los tejidos de su cuerpo. Los liloricientíficos del pueblo demostraron que los gnomos producen un sistema de defensas llamado "anticuerpos"; cuando un liloripanadero tiene contacto con las partículas dañinas de harina de trigo llamadas "antígenos", estas se adhieren a los anticuerpos, lo que ocasiona una reacción alérgica que deriva en picazón y sarpullido. Pero eso no es todo —dijo el General.

—La rinitis es otro de los males que provocan las partículas de la harina de trigo, ya que causan efectos como fuertes estornudos, dolores de cabeza, incapacidad de percibir los agradables olores a pan, debilidad, ojos llorosos y hasta suelen salir gotas de un líquido claro y pegajoso de las pequeñas narices. Según los liloricientíficos, los daños más graves, que aún no se han conocido en el pueblo, son el llamado asma del panadero, la alveolitis, la bronquitis y la blefaroconjuntivitis. Todos estos males reducen la capacidad que tienen los gnomos para respirar, pues afecta los pulmones, encargados de que ingrese el aire y brinden el oxígeno que necesita nuestro cuerpo para vivir.

Héctor, preocupado, interrumpió.

—¿Podemos morir por hacer nuestro trabajo?

—Sí, Héctor —respondió el General con un suspiro—. Si no cambiamos las condiciones de trabajo, los daños podrían ser irreparables.

Los lilorios llenos de angustia y preocupación por aquel relato del General Morandor, y con Héctor como líder, le exigieron al gobernador buscar la manera de eliminar los efectos y daños causados por la harina de trigo a los liloripanaderos en todas las liloritiendas de pan.

Una semana después del encuentro con el General Morandor, Héctor despertó con la corazonada de que sería un día especial y diferente que lo cambiaría todo. Se preparó para hacer lo que más le gustaba, tomó una ducha, se puso su mejor traje, desayunó junto con su familia y luego partió a la liloritienda, a crear los más deliciosos bocadillos de la vereda. Al llegar, se asombró al ver los cambios que habían ocurrido dentro de la tienda: primero se percató de que algunos de sus compañeros amasadores que tenían alergias más notorias, estaban realizando tareas en las que no usaban harina de trigo, lo que le causó gran alegría. Luego observó que los pitufos amasadores llevaban consigo puesto un objeto de material rígido que les cubría la boca y la nariz, que no permitía que el polvillo entrara a sus tejidos, y una especie de visor transparente que cubría sus ojos.

Además había ahora unos grandes armarios de hierro, con tornillos, cables y brazos metálicos que amasaban el pan en lugar de los lilori-panaderos, lo que les permitía tener momentos de pausa en su tarea. Luego vio una gran fila, donde muchos de los gnomos entraban en un cuarto para ser revisados por un lilorimédico, quien les realizaba una prueba para reconocer cuál era su grado de sensibilidad a la harina de trigo con la intención de situar a aquellos que tenían reacciones alérgicas en tareas diferentes.

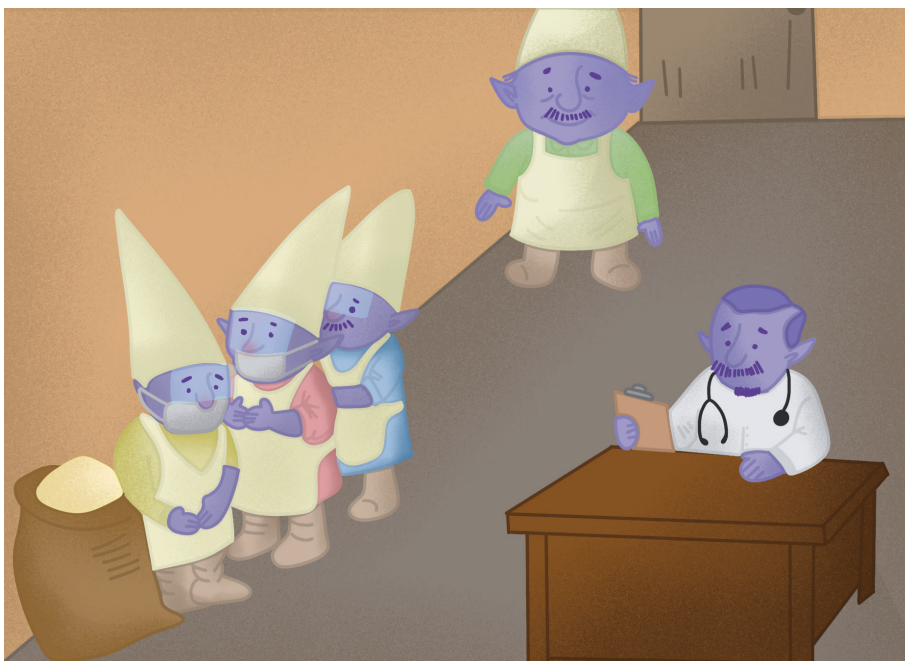


Ilustración: Laura Daniela Paredes

Héctor dio un pequeño brinco de susto, al escuchar el ruido que venía de una pequeña caja en el suelo, el cual lo tomó por sorpresa. Se trataba de la nueva forma de hacer la limpieza de todas las áreas de la liloritienda de pan, con un mecanismo que extraía y contenía dentro de una bolsa el polvo, la suciedad y las partículas de harina de trigo que quedaban en las superficies y así evitar que volvieran al aire.

Héctor estaba maravillado y emocionado por lo que acababa de ver, porque sabía que todo eso ayudaría a sus compañeros lilorios con pica-zón y sarpullido evitando que muchos se sintieran mal por los efectos de la harina de trigo.

De pronto, hizo su entrada a la liloritienda de pan el General Morandor, subiendo a un escenario donde se llevaría a cabo un reconocimiento muy especial. En ese momento el General hizo un llamado a Héctor a que subiera a la tarima, mientras todos los gnomos de la tienda callaron y se dispusieron a prestar atención al discurso del General.

—Hoy, quiero entregar una medalla a Héctor —dijo con una sonrisa—. Hombre simpático, alegre, buen compañero, pero sobre todo valiente por hacer lo que ningún liloripanadero se atrevió hacer, ser el líder de la voz que reclamó y exigió por el bienestar de sus compañeros, al ver que algunos de ellos presentaban cambios en su cuerpo y extrañas reacciones. Gracias a él, tenemos la confianza y certeza de que de ahora en adelante con los cambios de la liloritienda, no tendremos más daños ni gnomos con alergias por la harina de trigo y por eso le hago entrega de la medalla al mejor liloripanadero de la vereda Liloría Alta.

Los lilorios aplaudieron con entusiasmo y corearon su nombre.

—¡Héctor! ¡Héctor!

Mientras recibía la medalla, Héctor sonrió, orgulloso de haber hecho lo correcto, porque con la medalla pudo ver reflejado el resultado de todo su esfuerzo en la alegría de todos los presentes.



Así como Héctor levantó su voz para proteger a sus amigos, en cada trabajo debemos identificar los riesgos y actuar con prevención. Un cambio a tiempo no solo mejora los espacios de trabajo, sino también la salud y el bienestar de todos.



Ilustración: Laura Daniela Paredes

De los autores

CAPÍTULO I

El viaje de los valientes vapores

Riesgo químico: gases y vapores

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano:

Alejandra Vélez Virguez

Correo electrónico: avelezv@poligran.edu.co

Cristian Mauricio Castaño Duque

Correo electrónico: cmacastano@poligran.edu.co

Daniela Nathaly Echavarría Salinas

Correo electrónico: dechavarría@poligran.edu.co

Estefanía Wilches Espinosa

Correo electrónico: ewilches@poligran.edu.co

Yissenia Ávila Restrepo

Correo electrónico: yiavilar@poligran.edu.co

Mónica María Quiroz Rubiano

Fisioterapeuta, especialista en Gestión de la Seguridad y Salud en el Trabajo, magíster en Prevención de Riesgos Laborales, magíster en Investigación Integrativa, doctoranda en Pensamiento Complejo. Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Correo electrónico: mquirozr@poligran.edu.co

CAPÍTULO II

¡Yo te quiero sano, papá!

Riesgo químico: polvos inorgánicos

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano:

Marleidis del Carmen Berdugo Beleño

Correo electrónico: mdberdugo@poligran.edu.co

Laura Daniela Gómez Pimiento

Correo electrónico: ldanielagomez@poligran.edu.co

Adriana Mercedes Quintero

Correo electrónico: amerquintero@poligran.edu.co

Luz Erendy Bermeo Perdomo

Correo electrónico: lerbermeo@poligran.edu.co

Sofía Cárdenas Osorio

Correo electrónico: scardenaso@poligran.edu.co

María Alexandra Malagón Torres

Fisioterapeuta, magíster en Prevención de Riesgos Laborales. Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Correo electrónico: mmalagon@poligran.edu.co

CAPÍTULO III

¡No te descuides en las alturas!

Riesgo de seguridad: trabajo en alturas

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano

Edilma Rosa Jiménez Mendoza

Correo electrónico: edjimenezmendez@poligran.edu.co

Derly Zamora Romero

Administradora en Salud Ocupacional, magíster en Prevención de Riesgos Laborales. Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Correo electrónico: dzamora@poligran.edu.co

CAPÍTULO IV

Pedro el castor y la fábrica ruidosa

Riesgo físico: ruido

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Granacolombiano:

Alexandra María Castaño Agudelo

Correo electrónico: amarcastano@poligran.edu.co

Carolina Correa Zapata

Correo electrónico: cacorrea4@poligran.edu.co

Yislen Alexandra Aguirre Rojas

Correo electrónico: yaleaguirre@poligran.edu.co

Leidy Maritza Guzmán Soto

Correo electrónico: lmaritguzman@poligran.edu.co

Iván Camilo Ruiz Socha

Correo electrónico: ivruizso@poligran.edu.co

Martha Janeth Cifuentes Izquierdo

Ingeniera Industrial, magíster en Prevención de Riesgos Laborales. Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Granacolombiano.

Correo electrónico: mcifuentes@poligran.edu.co

CAPÍTULO V

¿Por qué a mí?

Riesgo químico: material particulado

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Granacolombiano:

Ana María Hernández Zambrano

Correo electrónico: amariahernandez2@poligran.edu.co

Paula Andrea Palacio Rúa

Correo electrónico: panpalacio@poligran.edu.co

Diego Armando Pérez Chávez

Correo electrónico: darmaperez@poligran.edu.co

Jacobo Rafael Soto Brito

Correo electrónico: jrasoto@poligran.edu.co

Mónica María Quiroz Rubiano

Fisioterapeuta, especialista en Gestión de la Seguridad y Salud en el Trabajo, magíster en Prevención de Riesgos Laborales, magíster en Investigación Integrativa, doctoranda en Pensamiento Complejo. Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Correo electrónico: mquirozr@poligran.edu.co

CAPÍTULO VI

Guardián de la seguridad: la historia de Mateo, el héroe de las autopartes

Riesgo químico, polvos inorgánicos

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano:

Astrid Karina Valero Varela

Correo electrónico: akvalero@poligran.edu.co

Jesús Alberto Valencia Uribe

Correo electrónico: jalbvalencia@poligran.edu.co

Luz Érica Barrientos Pino

Correo electrónico: lebarrientos@poligran.edu.co

Estefanía Zapata Agudelo

Correo electrónico: ezapataa@poligran.edu.co

María Alexandra Malagón Torres

Fisioterapeuta, magíster en Prevención de Riesgos Laborales. Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Correo electrónico: mmalagon@poligran.edu.co

CAPÍTULO VII

El mundo mecanizado de Ezequiel y su abuelito

Riesgo de seguridad: peligro mecánico

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano:

Angie Lizeth Martínez Montañez

Correo electrónico: alimartinez@poligran.edu.co

Yeimmy Rodríguez Guerrero

Correo electrónico: yerodriguezguer@poligran.edu.co

Derly Zamora Romero

Administradora en Salud Ocupacional, magíster en Prevención de Riesgos Laborales.
Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Correo electrónico: dzamora@poligran.edu.co

CAPÍTULO VIII

El hilo de la creación de la abuela Osa Clara

Riesgo físico: Iluminación

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano:

Carolina Sierra Cárdenas

Correo electrónico: ysierrac@poligran.edu.co

Eddy Yancely Isaza Murillo

Correo electrónico: eyisaza@poligran.edu.co

Kerly Yurledy Berrío Cano

Correo electrónico: kyberrio@poligran.edu.co

Mónica Andrea Sánchez Quijano

Correo electrónico: mandsanchez@poligran.edu.co

Sara Alejandra Leguízamo Sotelo

Correo electrónico: sleguizamo@poligran.edu.co

Martha Janeth Cifuentes Izquierdo

Ingeniera Industrial, magíster en Prevención de Riesgos Laborales. Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Gran colombiano.

Correo electrónico: mcifuentes@poligran.edu.co

CAPÍTULO IX

Renata y Valentino concursando en la gran feria

Riesgo químico: gases y vapores

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Gran colombiano:

Mamgy Dayana Beltrán Rincón

Correo electrónico: mdbeltran@poligran.edu.co

Juliana Valentina Molina Hernández

Correo electrónico: jvamolina@poligran.edu.co

Martha Isabel Merchán Montañez

Correo electrónico: mismmerchan@poligran.edu.co

Monica Yaneth Quiñones Suárez

Correo electrónico: moquinones1@poligran.edu.co

Yurley Andrea Moreno Gaitán

Correo electrónico: yandmoreno@poligran.edu.co

Mónica María Quiroz Rubiano

Fisioterapeuta, especialista en Gestión de la Seguridad y Salud en el Trabajo, magíster en Prevención de Riesgos Laborales, magíster en Investigación Integrativa, doctoranda en Pensamiento Complejo. Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Gran colombiano.

Correo electrónico: mquirozr@poligran.edu.co

CAPÍTULO X

La aventura del silencio

Riesgo físico: ruido

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Granacolombiano:

Érika Tatiana Castillo Galvis

Correo electrónico: etcastillo@poligran.edu.co

Ricardo Gómez Naranjo

Correo electrónico: rigomez1@poligran.edu.co

Derly Zamora Romero

Administradora en Salud Ocupacional, magíster en Prevención de Riesgos Laborales.

Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Granacolombiano.

Correo electrónico: dzamora@poligran.edu.co

CAPÍTULO XI

Pequeñas porciones de inhalación de harina

Riesgo químico, material particulado

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Granacolombiano:

Carolina María Loaiza Orrego

Correo electrónico: cmaloaiza@poligran.edu.co

Angie Xiomara Martínez Hincapié

Correo electrónico: axmartinez@poligran.edu.co

Jonathan Estid Monsalve Pérez

Correo electrónico: jemonsalve@poligran.edu.co

Yorcelis Pino Betín

Correo electrónico: ypinob@poligran.edu.co

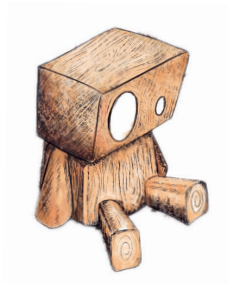
Isleydys Yohana Prent Ariza

Correo electrónico: iprent@poligran.edu.co

Mónica María Quiroz Rubiano

Fisioterapeuta, especialista en Gestión de la Seguridad y Salud en el Trabajo, magíster en Prevención de Riesgos Laborales, magíster en Investigación Integrativa, doctoranda en Pensamiento Complejo. Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Granco-lombiano.

Correo electrónico: mquirozr@poligran.edu.co



Este libro se terminó de editar y publicar en diciembre de 2025, por el Politécnico Grancolombiano.



Cuentos para Seguritos, Vol. 3 invita a niños, niñas y adolescentes a descubrir el valor del autocuidado y la prevención a través de historias cercanas, personajes entrañables y situaciones cotidianas que dialogan con su realidad. Cada cuento traduce conceptos fundamentales de la Seguridad y Salud en el Trabajo en narrativas sencillas, comprensibles y significativas, pensadas para despertar la curiosidad, la reflexión y la conciencia desde edades tempranas.

Esta obra apuesta por la literatura como puente educativo, utilizando el poder del relato para sembrar hábitos saludables, fortalecer la responsabilidad individual y colectiva, y promover una mirada preventiva que trasciende el aula y se proyecta hacia la vida diaria, el hogar y los futuros entornos laborales.

Está dirigido a docentes, familias y mediadores educativos que buscan herramientas innovadoras para acompañar procesos formativos en salud, bienestar y prevención, contribuyendo a la formación de generaciones más conscientes, críticas y comprometidas con el cuidado de sí mismos y de los demás.

